

# LA EDUCACIÓN DE LOS NOBLES EN LA OBRA DE DON JUAN MANUEL

María del Carmen García Herrero  
Universidad de Zaragoza<sup>1</sup>.

Don Juan Manuel no es un autor ni un personaje al que pueda acusársele de generar indiferencia; a veces suscita en quienes se ocupan de él y de su obra una admiración rendida<sup>2</sup>; otras veces, por el contrario, despierta profundas antipatías<sup>3</sup>. Así también algunos de sus comportamientos concretos son interpretados desde muy diversos puntos de vista y si hay quienes entienden su negativa de avance en la batalla del Salado como un acto de prudencia motivado por su justificado temor a ser muerto por el rey, no faltan los que ven en su actitud algo muy cercano a la traición<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> En todo momento, y como ya es costumbre, he contado con la ayuda inestimable de la Dra. María Jesús Lacarra Duca y del Dr. Juan Manuel Cacho Blecua, quede constancia de mi agradecimiento a ambos.

<sup>2</sup> J. M. CASTRO Y CALVO, *El arte de gobernar en las obras de Don Juan Manuel*, Barcelona, CSIC, 1945.

<sup>3</sup> M. R. LIDA DE MALKIEL, *La idea de la Fama en la Edad Media Castellana*, Madrid, México, Buenos Aires, FCE, 1983 (1ª ed. 1952), pp. 207-220.

<sup>4</sup> Sobre los temores de don Juan Manuel en el período comprendido entre 1325 y 1338, vid. J. GAUTIER DALCHÉ, "Alphonse XI a-t-il voulu la mort de don Juan Manuel?", *Don Juan Manuel. VII Centenario*, Murcia, Universidad de Murcia y Academia Alfonso X el Sabio, 1982, pp. 135-147.

A don Juan Manuel le correspondió vivir uno de los estados más difíciles que, a su juicio, podía asignar Dios a un hombre: el de hijo de infante segundón, un lugar social repleto de obligaciones y con pocos medios de fortuna para darles debido cumplimiento, lo que acarrea, en principio, innumerables peligros no sólo para mantener la honra, sino también para salvar el alma.

Hijo del infante don Manuel y de doña Beatriz de Saboya, don Juan Manuel fue nieto de Fernando III, sobrino de Alfonso X, primo de Sancho IV, tío de Fernando IV y tutor de Alfonso XI<sup>5</sup>. Durante cierto tiempo acrecentó su patrimonio y llegó a ser el noble con mayor poder e influencia de Castilla; después vivió el declinar de su estrella, que no de su orgullo, y aferrado a su pluma y a su conciencia de clase y de autoría, alzó múltiples voces desde sus libros para defender su persona, sus ideas y su visión del mundo, un mundo divinamente ordenado que se resquebrajaba ante sus ojos<sup>6</sup>.

Maestro en el arte de la justificación y entusiasta constructor, no sólo de edificios, sino también de coherencia, don Juan Manuel legó una obra copiosísima de la

---

<sup>5</sup> La bibliografía sobre la vida y obra de don Juan Manuel es amplísima y ha sido objeto de trabajos específicos: D. DEVOTO, *Introducción al estudio de don Juan Manuel y en particular de "El conde Lucanor": una bibliografía*, Madrid, Castalia, 1972; DEVOTO revisa su propia obra en "La introducción al estudio de la obra de don Juan Manuel doce años después", *Don Juan Manuel. VII Centenario*, Murcia, Universidad y Academia Alfonso X el Sabio, 1982, pp. 63-73; M. J. LACARRA y F. GÓMEZ REDONDO, "Bibliografía sobre don Juan Manuel", *Cuadernos bibliográficos*, nº 3, de *Boletín bibliográfico de la AHLM*, año 1991, pp. 179-212. Para los estudios aparecidos durante la última década, resulta útil la revisión informática a partir de las direcciones de Internet que facilita F. GÓMEZ REDONDO, *Historia de la prosa medieval castellana. I. La creación del discurso prosístico: el entramado cortesano*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 1.206-1.207 y F. GÓMEZ REDONDO, nueva *Introducción* para la reedición de *El conde Lucanor*, ed. J. M. Blecua, Madrid, Castalia (en prensa). Una biografía que continúa siendo imprescindible tanto por el estudio, con las matizaciones posteriores de otros autores, como por la interesantísima documentación que facilita es la de A. GIMÉNEZ SOLER, *Don Juan Manuel. Biografía y estudio crítico*, Zaragoza, Academia Española, 1932.

<sup>6</sup> L. DE STEFANO, "La sociedad estamental en las obras de don Juan Manuel", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XVI (1962), pp. 329-354 y de la misma autora, *La sociedad estamental de la Baja Edad Media española a la luz de la Literatura de la época*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1966. Agudas observaciones y reflexiones a raíz de este libro realiza J. A. MARAVALL, "La sociedad estamental castellana y la obra de don Juan Manuel", *Estudios de historia del pensamiento español. Serie primera. Edad Media*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983, pp. 453-471. B. LEROY, *Des Castillans témoins de leur temps. La littérature politique des XIVe-Xve siècles*, Limoges, Presses Universitaires, 1995, y V. SERVERAT, *La pourpre et la glèbe. Rhétorique des états de la société dans l'Espagne médiévale*, Grenoble, Ellug, 1997.

que buena parte estuvo específicamente encaminada al intento de perpetuar su concepción de la sociedad mediante la formación idónea de los varones de los grupos dominantes, de quienes se esperaba la reproducción del sistema social. No obstante en el molde rígido tripartito del orden feudal, citado con frecuencia en sus escritos, malamente tenían cabida otras realidades y otros hombres, como los de criazón o los mercaderes o los “ruanos”, a los que ya no se podía ignorar aunque se quisiera<sup>7</sup>. Pero hay más, las tensiones e incluso las contradicciones están garantizadas y afloran cuando lo que se piensa o lo que se debería pensar no coincide con lo que se vive y en una sola apuesta se pretende por un lado transmitir valores y, por otro explicar comportamientos que no se ajustan a los primeros. De este modo conceptos como lealtad, riqueza o fama, por citar tres ejemplos reiterados, necesitan ser completados, matizados e incluso retocados en un difícil ejercicio para un noble ambicioso y dueño de una poderosa imagen aureolada<sup>8</sup> metido a maestro de moral.

Este trabajo no pretende describir la sociedad castellana del siglo XIV, ni siquiera la mirada que don Juan Manuel posó sobre la misma; sus objetivos son mucho más modestos. Intentaré aproximarme al marco teórico de la crianza de los nobles propuesto por el autor, a las diferentes etapas vitales, al perfil de los educadores, a los contenidos de la educación, y, en la medida de lo posible, al sistema de valores que subyace en el proceso formativo. Procuraré, pues, mantenerme en el plano del “deber ser” y del “deber hacer” sin contrastarlo con la biografía de don Juan, ciñéndome a lo que dice y olvidando cómo actúa. Para llevar adelante este propósito he seleccionado las obras que me parecen más pertinentes y cuya cronología, bastante aceptada<sup>9</sup>, es la que se sigue:

---

<sup>7</sup> J. RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, “Juan Manuel y la crisis castellana del siglo XIV”, *Literatura. Historia. Alienación*, Barcelona, Labor, 1976, pp. 45-70; J. VALDEÓN, “Las tensiones sociales en Castilla en tiempos de don Juan Manuel”, *Juan Manuel Studies*, ed. I. Macpherson, Londres, Támesis, 1977, pp. 181-192; No he podido consultar N. SHAFLEER, “Don Juan Manuel and the changing structure of society: a conflict”, *Kentucky Roman Quaterly*, 26 (1979), pp. 181-187.

<sup>8</sup> A. ROCHAIS, *La imagen de uno mismo*, Madrid, Personalidad y Relaciones Humanas, 1997, pp. 3-4. Puede seguirse la imagen que don Juan traía de sí mismo en el *Libro de los Estados* a través de Julio, quien le presenta como modelo de consejero, escritor y defensor.

<sup>9</sup> D. DEVOTO, *Introducción...*, p. 234 señala que todos los estudiosos “coinciden con un margen de muy pocos años, en el orden de tres obras fundamentales: el *Libro del caballero y del escudero*, el de los *Estados*, el *Conde Lucanor*, así como en la condición extrema del *Tratado de la Asunción*”.

*Libro del Caballero y del Escudero*, 1326<sup>10</sup>

*Libro de los Estados*, 1327-1337<sup>11</sup>

*Libro de los Exemplos*, 1330-1335<sup>12</sup>

*Libro enfenido*, 1334 - c. 1337<sup>13</sup>

*Prólogo del Conde Lucanor*, 1340<sup>14</sup>

*Tratado de las Armas*, 1337-1342<sup>15</sup>

*Prólogo General*, 1342<sup>16</sup>

*Tratado de la Asunción*, después de 1342<sup>17</sup>

## LOS DESTINATARIOS DEL PROYECTO

Los principales destinatarios de los consejos educativos de don Juan Manuel son los varones que han de regir y defender la sociedad; es a éstos a quienes dedica la inmensa mayoría de sus páginas y eso resulta tan obvio, que solamente en una ocasión interrumpe su discurso didáctico para advertir lo evidente a algún posible lector con pocas luces. Así, después de haber afrontado en un capítulo magnífico del *Libro de los Estados* lo tocante a la crianza de los hijos del emperador, añade que todo lo dicho debe hacerse *pero a las fijas commo a mugeres, et a los fijos commo a omnes*. (*Estados*, 201)

---

<sup>10</sup> DON JUAN MANUEL. *Obras Completas*. Edición, prólogo y notas de José Manuel Blecua, Madrid, Gredos, 1982, vol. I., pp. 35-116. A partir de ahora, *Cauallero*.

<sup>11</sup> DON JUAN MANUEL, *El Libro de los Estados*. Edición de Ian R. Macpherson y Robert Brian Tate, Madrid, Castalia, 1991. A partir de ahora, *Estados*.

<sup>12</sup> DON JUAN MANUEL, *El Conde Lucanor*. Edición de Guillermo Serés, Barcelona, Crítica, 1994. A partir de ahora, *Lucanor*.

<sup>13</sup> DON JUAN MANUEL, *Obras Completas*. Edición J. M. Blecua, Madrid, Gredos, vol. I, pp. 141-189. A partir de ahora, *Enfenido*.

<sup>14</sup> Vid. nota 9.

<sup>15</sup> DON JUAN MANUEL, *Obras Completas*. Edición J. M. Blecua, Madrid, Gredos, vol. I, pp. 117-140. A partir de ahora, *Armas*.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 27-33.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 503-514.

A don Juan Manuel no le interesa la educación femenina, como tampoco le interesa la formación de los labradores y de las gentes esparcidas por las villas y por las tierras a los que llaman menestrales y que se mantienen desarrollando multitud de oficios (tenderos, carpinteros, herreros, maestros de casas, silleros, tejedores, etc.). A todos ellos les reconoce cierta capacidad para procurarse la salvación si hacen lo que deben y sin codicia; no obstante se muestra muy consciente de sus riesgos *porque muchos éstos son [atan] menguados de entendimiento que con torpedat podrían caer en grandes yerros non lo entendiendo, por ende son sus estados muy peligrosos para salvamiento de las almas.* (Estados, 292)

En su faceta como educador, Don Juan Manuel se entrega a fondo al grupo de los varones laicos poderosos cuya formación considera asunto vital y digna empresa en la que invertir su tiempo y esfuerzo. En estos hombres deben concentrarse los empeños, porque si se consigue que actúen con temor a Dios, recta intención, entendimiento y vergüenza y adquieran las costumbres y maneras adecuadas, ellos sabrán conducir a los que están bajo su dominio y dependencia, empezando por sus mujeres. De este modo ha sido desde la Creación y así –sostiene– deben continuar las cosas: *Et otrosí, quiso que fuese fecha de una costiella del omne, por razón que la muger es una partida del omne, pero non es tan conplida commo [el]. Porque da a entender que, pues non es tan conplida commo él, que sienpre el omne deve aver señoría et mejoría de la muger, et así, todo esto fue fecho con razón.* (Estados, 302)

En la obra didáctica de don Juan Manuel encontraremos, una y otra vez, a varones de los grupos dominantes. En el *Libro del Caballero y del Escudero*, el caballero anciano que se ha alejado del mundo y transformado en ermitaño para procurarse una correcta preparación para la muerte, interrumpe su retiro con el fin de dar respuesta a las preguntas del escudero, que después vuelve a él convertido en caballero y cuya sed de aprender es tan grande que aun dejará más adelante su tierra y a sus parientes y amigos para retornar junto al anciano y continuar formándose, *ca tan plazentera et tan aprouechosa cosa es para los buenos et para los entendudos el saber, que non lo pueden olvidar nin por los bienes corporales.* (Cauallero, 55-56) En el *Libro de los Estados* las enseñanzas, primero de Turín y después de Julio, tendrán como destinatario al infante Joas, hijo único del rey Moraván y heredero del reino, quien, una vez descubierta la muerte corporal y convertido al cristianismo, buscará obsesivamente cuál de los estados es más conveniente para garantizar la salvación del alma.

Por otra parte, es cierto que el conde Lucanor no responde al patrón de edad de Joas y del caballero novel<sup>18</sup>, puesto que ya es hombre maduro y experimentado en cuya casa, precisamente, se forman muchos jóvenes, algunos hijos de *omnes de grant guisa et dellos que no son tanto* (*Lucanor*, 96); sin embargo el noble recurre constantemente a la sabiduría de su consejero, bien para tomar sus propias decisiones, bien para ilustrarse antes de asesorar a otros, de manera que por boca de Patronio y a través de sus ejemplos y proverbios, se refuerzan y amenizan los contenidos educativos plasmados en las obras anteriores. Por último en el *Libro enfenido*, don Juan asume directamente el papel de formador de su hijo varón: *Et fiz lo para don Ferrando, mio fijo, que me rogo quel fiziese vn libro. Et yo fiz este para el et para los que non saben mas que yo et el, que es agora, quando yo lo començe, de dos annos, por que sepa por este libro quales son las cosas que yo proue et bi.* (*Enfenido*, 147)

Don Juan Manuel se inserta en esa cadena de maestros y discípulos que él mismo ha generado y, como sus antecesores en la tarea, tampoco él la afronta por vanidad, porque si el anciano habla es porque el joven caballero le apremia con sus cuestiones, si Julio emprende la misión de educar al infante, es por acatamiento a la voluntad del rey, y si Patronio aconseja, lo hace respondiendo a los requerimientos de su señor y cumpliendo con su oficio. Finalmente don Juan escribe para satisfacer la petición de su hijo, a la sazón un niño de dos años.

El *topos* de composición de un libro por ruego de alguien querido no siempre se ajusta a la realidad, y el caso que nos ocupa ya ha sido utilizado para ejemplificar esta afirmación<sup>19</sup>; sin embargo me parece posible que la atribución de la demanda al niño y la inserción del dato de su edad concreta no sean insignificantes<sup>20</sup>. Resulta muy poco verosímil que una criatura tan tierna solicite la elaboración de un tratado a su padre, pero encuentro aceptable la hipótesis de que don Juan Manuel trate de perpetuarse como padre virtuoso. Don Juan quedó huérfano de padre al año

<sup>18</sup> *Non só yo ya muy mancebo*, le comenta a Patronio, al que también comparte las fatigas vividas y su deseo de holganza, *Lucanor*, *Exemplo XVI*, p. 71.

<sup>19</sup> A. DEYERMOND, “Cuentos orales y estructura formal en el *Libro de las Tres Razones (Libro de las Armas)*”, *Don Juan Manuel. VII Centenario*, pp. 75-87, p. 75.

<sup>20</sup> Suelo plantearme que la plasmación de la edad en años concretos en cualquier tipo de testimonio del siglo XIV puede ser significativa puesto que no responde a lo habitual.

y ocho meses, casi la misma edad que cuenta su hijo cuando él redacta el *Libro enfenido*. Sin embargo *murió el omne, mas non murió el su nonbre*<sup>21</sup> porque el infante don Manuel aparece reiteradamente en la obra de su heredero como figura modélica, de manera que el hombre que históricamente parece haber sido bastante gris<sup>22</sup>, brilla con luz refulgente en el *Libro de las Armas*. El es el hijo bendecido y por tanto el capacitado para transmitir la bendición familiar<sup>23</sup> y no sólo eso, sino que la pluma manuelina le recrea atribuyéndole una entrada gloriosa en el mundo, precedida por un bello sueño materno<sup>24</sup>, un nacimiento casi milagroso y una misión de carácter sagrado. Todo transmite cierto olor a santidad<sup>25</sup>, que, sin duda, beneficia a su hijo y a su nieto, los herederos del linaje.

Mediante el *Enfenido*, don Juan Manuel se proporciona la ocasión para encarnar un ideal que le es muy grato, el de padre y maestro<sup>26</sup>. Él personalmente continúa esa tradición de varones que forman a varones y espera legar su conocimiento y experiencia a don Fernando y para ello pone su saber –el propio y el de otros que ha hecho suyo– por escrito. La escritura es una práctica sobre la que ha reflexionado con anterioridad para concluir que si el saber es una de las mejores cosas del mundo y el hombre debe hacer lo posible para acrecentarlo, la escritura es vía óptima para el avance, pues garantiza la perduración y la posibilidad de recuperar lo necesario para llevarlo más lejos, es decir *adelante*. (*Cauallero*, 41)

<sup>21</sup> *Lucanor, Exemplo XVI*, p. 72. Vid. los comentarios a este refrán de D. DEVOTO, *Introducción...*, p. 399.

<sup>22</sup> La calificación de “hombre bastante gris” aparece en el interesante trabajo de D. W. LOMAX, “El padre de don Juan Manuel”, *Don Juan Manuel. VII Centenario*, pp. 163-176, p. 176.

<sup>23</sup> *Armas*, pp. 137-140.

<sup>24</sup> También soñó con el futuro de su hijo la madre de Domingo de Guzmán. Cabe suponer que don Juan Manuel, devoto del santo y ardiente partidario de su orden, conociera bien este episodio de la leyenda recogido en las diferentes biografías y en la *Leyenda Dorada*. Otros sueños premonitorios que pudieron influir en don Juan Manuel en R. RAMOS NOGALES, “Notas al Libro de las Armas”, *Anuario Medieval*, 4 (1992), pp. 179-192.

<sup>25</sup> Estos aspectos son analizados por DEYERMOND en el art. cit.

<sup>26</sup> Joas, que comprende que su padre no puede desatender las tareas de gobierno, le pide permiso para que Turín, *que tengo yo por padre en lugar de vós*, le acompañe en la recepción de las enseñanzas de Julio, *Estados*, p. 103. La expresión binaria padre y maestro se convertirá en una forma habitual de Joas para dirigirse a Julio a lo largo de la obra, *Estados*, p. 103-104, 105, 137, 275.

Don Juan, frecuentador excesivo del tópico de modestia, se siente muy pagado de su labor literaria; tanto, por ejemplo, que da por sentado que sus libros se copiarán muchas veces –no siempre con la diligencia necesaria-<sup>27</sup> y tampoco considera mala la idea de ser traducido al latín<sup>28</sup>. Pese a sus continuas ostentaciones de incultura, demasiado asiduas para ser creídas y recurso eficaz para ocultar sus fuentes, el autor es hombre cultivado y dispuesto a continuar con su tarea: *Et pues en los libros que yo fago ay en ellos pro et verdat et non danno, por ende non lo quiero dexar por dicho de ninguno*<sup>29</sup>.

Don Juan Manuel, al igual que sus ayos y consejeros, el anciano caballero, Turín, Julio y Patronio, sabe por experiencia que la formación debe adaptarse en todo momento al desarrollo de los que se han de educar, de manera que a lo largo de su obra va informando sobre las características de las diversas etapas de la vida del varón de la nobleza. La clasificación manuelina no es ni pretende ser universal, puesto que el esquema de edades propuesto no es aplicable, o al menos no en su totalidad, a las mujeres ni tampoco a los varones de los grupos sociales no privilegiados, y así lo especifica: *Çierta mente en la criança de los ninnos et de los moços et de los mançebos que son de grant estado et de grant sangre, ay muy grant diferençia et grant departimiento; ca vnas cosas les pertenesçe[n] en su criança dellos, et otras en su moçedat et otras en su mançebia. (Enfenido, 156-157)*

## LAS PRIMERAS ETAPAS VITALES: INFANCIA Y MOCEDAD

En *El conde Lucanor*, Parte V, tal como señala Daniel Devoto, don Juan Manuel “traza un curso completo y acelerado de doctrina cristiana, a semejanza del que dibujó en el capítulo XXXVIII del *Libro del caballero et el escudero*”<sup>30</sup> para, acto seguido, dedicarse a razonar por qué el hombre es, al mismo tiempo, la criatura más perfecta (*conplida*) e imperfecta (*menguada*) de la creación, y puesto que en otros libros (*Estados*, *Enfenido*), don Juan ya ha explicado largamente lo que hace

---

<sup>27</sup> *Prólogo general*, p. 32.

<sup>28</sup> *Envio vos yo, que so lego, que nunca aprendi nin ley ninguna sciencia, esta mi fabliella, por que si uos della pagardes, que la fagades trasladar de romançe en latin. (Cauallero, p. 40).* La traducción de su libro al latín podría consolidar su prestigio y su posición como autoridad.

<sup>29</sup> *Enfenido*, p. 182. Sin duda, sostiene, es preferible escribir que jugar a los dados o hacer otras cosas viles.

<sup>30</sup> D. DEVOTO, *Introducción...*, p. 477.

al ser humano superior, es decir, el alma, el entendimiento, la razón y el libre albedrío, ahora llega el turno de reparar en el cuerpo y en *las menguas et vilezas que el omne ha en sí*, que le acercan, y no siempre con ventaja, a los restantes animales.

Patronio empieza por la generación y lo hace castamente, sobre todo para no avergonzar a las lectoras, así que se limita a mencionar la primera cosa vil del hombre: la sustancia, tanto paterna como materna, de la que es engendrado; *et otrosí la manera como se engendra*<sup>31</sup>. A continuación realiza una descripción de la vida del feto: *Depués que es engendrado en el vientre de su madre, non es el su gobierno sinon de cosas tan sobejanas, que naturalmente non pueden fincar en el cuerpo de la muger sinon en quanto está preñada. Et esto quiso Dios que naturalmente oviesen las mugeres aquellos humores sobejanos en los cuerpos, de que se governassen las criaturas. Otrosí, el logar en que están es tan cercado de malas humidades et corrompidas, que si non por una teliella muy delgada que crió Dios, que está entre el cuerpo de la criatura et aquellas humidades, que non podría vevir en ninguna manera.* (Lucanor, V, 275-276)

En las palabras juanmanuelinas referentes a las sustancias superfluas que alimentan a la criatura en el vientre materno y que sólo se retienen en el cuerpo de la mujer cuando está embarazada, se deja sentir el peso de Aristóteles o mejor de la tradición aristotélica para la que el flujo menstrual de la mujer se correspondía con el líquido seminal del varón, haciendo innecesaria, y por tanto imposible, la existencia de un semen femenino. Este esperma de las mujeres, seriamente cuestionado desde el siglo XIII pese a apoyarse en una sólida tradición hipocrática y galénica, siguió, no obstante, contando con ilustres partidarios bastantes siglos después<sup>32</sup>.

<sup>31</sup> *Et porque este libro es fecho en romance, que lo podrían leer muchas personas, tan bien omnes como mugeres, que tomarían vergüença en leerlo, et aun non ternían por muy guardado de torpedat al que lo mandó escribir, por ende, non hablaré en ello tan declaradamente como podría, pero el que lo leyere, si muy menguado non fuere de entendimiento, assaz entenderá lo que a esto cumple.* (Lucanor; 275).

<sup>32</sup> Entre ellos Descartes, quien al evocar la formación del embrión sostiene que “el semen de ambos sexos, al mezclarse, sirve mutuamente de germen” y ya en el siglo XVIII el enciclopedista Tomás de Cantimpré para el que “quienes sostienen que el semen femenino no existe no hacen más que decir mentiras”. Todos estos aspectos son tratados por D. JACQUART, y C. THOMASSET, *Sexualité et savoir médical au Moyen Âge*, Paris, PUF, 1985 (Hay traducción española en Barcelona, Labor, 1989) y C. THOMASSET, “La naturaleza de la mujer”, *Historia de las mujeres*, dir. por G. Duby y M. Perrot, vol. 2, *La Edad Media*, bajo la dirección de Ch. Klapisch-Zuber, Madrid, Taurus, 1992, pp. 61-90, especialmente pp. 75-78.

En la corriente fisiológica a la que se adhiere don Juan Manuel, la menstruación supone una purga periódica mediante la cual las mujeres expulsan los desechos de su cuerpo, restos que, de otra manera, no tendrían fácil salida del mismo debido a la falta de calor natural que se les atribuye<sup>33</sup>. Así durante la preñez, puesto que no se realiza la limpieza mensual, quedan retenidas en el útero las mencionadas humedades nocivas y corruptas, por lo que no ha de extrañar que la criatura, vistas así las cosas, esté ansiosa por abandonar el claustro materno.

A los siete meses, continúa Patronio, es *todo el omne conplido*, de modo que ya no quiere seguir alimentándose de los *humores sobejanos* que antes necesitaba y trata de salir al exterior. Si es tan fuerte que puede romper las telas que lo envuelven, el sietemesino vendrá a la luz y podrá vivir, pero en caso de no conseguirlo, queda tan extenuado por el trabajo que le llevó la intentona, que pasa el octavo mes débil y falto de alimento. *Et si en aquel ochavo mes nasce, en ninguna guisa non puede vevir*<sup>34</sup>. Finalmente, invertido el mes octavo en descanso y reposición de fuerzas, nace en cualquier momento del mes noveno, *pero quanto más tomare del noveno mes, tanto es más sano et más seguro de su vida. Et aun dizen que puede tomar del dezeno mes fasta diez días. (Lucanor, 276)*

Se entiende entonces que Jesús, Dios y hombre verdadero, varón modelo, se mantuviera hasta los nueve meses cumplidos en el vientre de su Madre, aspecto que se refleja en el *Libro de los Estados*<sup>35</sup>.

La culminación del embarazo, el parto, combina los peligros y lo asombroso, pues es *muy grande a marabilla*, en palabras de Patronio. Recién llegada al mundo, la criatura se presenta como un ser desvalido que llora, tiembla y mantiene las

---

<sup>33</sup> No es este el momento adecuado para reflexionar sobre la contribución de la medicina a la misoginia medieval, pero pueden consultarse, entre otras, la obra citada de Jacquart y Thomasset, y los capítulos de Thomasset, vid. nota anterior, y de V. L., BULLOUGH, "La medicina medievale e l' inferiorità femminile", Né Eva né Maria. Condizione femminile e immagine della donna nel Medioevo, a cura di M. Pereira, Bologna, Zanichelli, 1981, pp. 135-145.

<sup>34</sup> *Lucanor, Parte V*, p. 276. Esta afirmación, más o menos matizada, es frecuente en los tratados de ginecología y obstetricia de la Edad Media y el Renacimiento.

<sup>35</sup> *Estados*, p. 353 se mencionan los nueve meses, pero en p. 330 se añade a meses el calificativo de cumplidos.

manos cerradas<sup>36</sup>, un ser que ingresa en un valle de dolor y lágrimas como pronto podrá comprobar al sufrir la operación del fajamiento, pues sus carnes tiernas se resentirán tanto que aunque el paño sea blando, le parecerá hecho de espinas<sup>37</sup>.

Se inicia aquí la infancia, período de gran vulnerabilidad en el que -subraya el *Libro enfenido*- se precisa una constante ayuda divina, *ca el ninno a.la mester como aquel que non sabe, nin entiende, nin puede dezir, nin mostrar ninguna cosa de quanto ha mester, et sola mente la gracia de Dios los mantiene et les da la vida et la salud. (Enfenido, 157)* Durante este tiempo de estricta dependencia, los niños comunican sus necesidades de todo tipo mediante el llanto, pero dada su mengua para expresarse claramente, corren el riesgo asiduo de ser incomprensidos, *et los que los guardan et los crían cuydan que lloran por una cosa, et por aventura ellos lloran por otra*<sup>38</sup>.

La mayor preocupación referente a la crianza se centra en el alimento que el pequeño va a recibir, la leche, pues no es habitual que las criaturas posean la capacidad para discernir qué líquido lácteo les conviene y cuál resulta inaceptable. El retirar la boca negándose a ingerir leche inadecuada es comportamiento inusual

---

<sup>36</sup> Patronio concede un significado específico a los tres gestos, puesto que la criatura llega a un mundo que le causará dolor y miedo, y ya siempre vivirá codiciando más de lo que puede alcanzar, *Lucanor, Parte V*, pp. 276-277.

<sup>37</sup> *Lucanor, Parte V*, p. 277. De los llantos infantiles durante la colocación de las fajas dan buena cuenta también los tratados de obstetricia posteriores al siglo XIV. Vid. por ejemplo el capítulo I, “De la naçencia del niño” del libro de B. GORDONIO, *Lilio de Medicina*, Sevilla, Meynardo Ungut et Stanislao Polono, 1495 y D. CARBON, *Libro del arte de las comadres o madrinas y del regimiento de las preñadas y paridas y de los niños*, ed. de Daniel García Gutiérrez, Zaragoza, Anúbar, 2000, p. 85. Aunque cada día abundan más los trabajos sobre la infancia en la Edad Media, los mejores testimonios iconográficos para esta etapa vital que conozco continúan siendo los aportados por P. RICHÉ, y D. ALEXANDRE-BIDON, *L'enfance au Moyen Âge*, Paris, Seuil, 1994.

<sup>38</sup> *Lucanor*, p. 277. Me ocupé del llanto infantil en este mismo marco, M. C. GARCÍA HERREIRO, “Elementos para una historia de la infancia y de la juventud a finales de la Edad Media”, VIII Semana de Estudios Medievales. La vida cotidiana en la Edad Media (Nájera, 1997), Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1998, pp. 223-252, especialmente pp. 231-236. Muy explícitamente aborda este aspecto CARBÓN: Los niños, puesto que tienen muchas necesidades, lloran, claman, están enojados, toman yra, muevense sin orden y esto porque algo los fatiga y no lo saben dezir; o quieren mear o cagar y no lo saben significar. Tiene[n] frio o calor, tiene[n] sed o cosas semejantes, las quales quedan a discrecion de la ama, pues es menester que sea abil y sufficiente, CARBÓN, op. cit., p. 91.

propio de los individuos absolutamente extraordinarios como Alejandro Magno<sup>39</sup>. Lo normal es que el niño mame del pecho que le ofrezcan y de ahí que recaiga sobre los adultos la responsabilidad de realizar una elección acertada, lo que no es cosa menuda, ya que la leche no es sino sangre que, una vez cocida, se transforma en líquido blanco<sup>40</sup>.

Puesto que la leche es sangre modificada, y la sangre porta y transmite todo género de virtudes y defectos, físicos y morales, la criatura por fuerza adquirirá rasgos, creencias, actitudes y comportamientos de la nodriza que le amamante, lo que explica, entre muchas otras cosas, las prohibiciones de que moras y judías lacten a criaturas cristianas y la búsqueda minuciosa de la leche idónea para alimentar al futuro rey<sup>41</sup>.

---

<sup>39</sup> *El infant Alexandre luego en su niñez  
empeçó a mostrar que serié de grant prez;  
nunca quiso mamar lech de muger rafez  
si non fues de linage o de grant gentilez.*

*Libro de Alexandre*, Estrofa 7, Madrid, Editora Nacional, ed. J. Cañas Murillo, 1987. El análisis de este y otros textos medievales en J. M. CACHO BLECUA, “Nunca quiso mamar lech de mugier rafez (Notas sobre lactancia. Del Libro de Alexandre a don Juan Manuel)”, Santiago de Compostela, *Actas del I Coloquio de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, 1985, pp. 209-223.

<sup>40</sup> La concepción de la leche como sangre mudada se mantiene durante siglos. Basten, entre otros muchos ejemplos, los de Bartolomé el Inglés y Luis Vives. *La leche es sangre cocha e digerida e no corrompida. Ca quando el niño que es en la madriz no puede ser criado por el ombli-gio a causa de su grandeza, natura le tiene aparejado leche hecha de la sangre menstrual e le embia a las tetas do es digerida e cozida e ende por la virtud del color se transforma en candor o blancor*. Bartolomeus ANGLICUS, *El libro de proprietatibus rerum*, trad. de Vinçente de Burgos, Tholosa, Henrike Meyer, 1494, lib. XIX, cap. LXII, fol. 303v. *Y aun tiene la misma natura otra destreza muy grande: que aquella sangre de que formó e hizo y mantuvo la criatura en el vientre de su madre, en nasciendo el hijo, se muda en blanca leche y viene derecho a los pechos a darle el mantenimiento acostumbrado*, J. L. VIVES, *Instrucción de la muger christiana*, Caragoça, G. Cocci, 1539, fols. CXV-CXVv.

<sup>41</sup> Son muchos los autores que se lamentan del poco cuidado puesto en la elección de nodrizas: *Aun siendo prudentes y de buenas costumbres y hábitos, y discretos... a veces ponéis a vuestros hijos en manos de una vulgar ramera y de ella por fuerza el niño adquiere algunas de las costumbres de la que lo amamanta. Si la que cuida de él tiene malas costumbres o es de baja condición, el niño quedará marcado por esas costumbres por haber mamado su sangre contaminada*. BERNARDINO DE SIENA, *Sermons*, ed. de D. N. Orlandi, trad. de J. Robbins, Siena, 1920, pp. 89-90.

Don Juan Manuel también se ocupará de estas cuestiones: *En quanto fueren tan niños que non [saben] fablar nin andar, dévenles catar buenas amas, que sean de la mejor sangre et más alta et más linda que pudieren aver. Ca çierto es que del padre o de la madre en afuera, que non ay ninguna cosa de que los omnes tanto tomen, nin a qui tanto salgan nin a qui tanto semejen en sus voluntades et en sus obras, commo a las amas cuya leche mamaran*<sup>42</sup>.

Como muchos médicos y moralistas que le precedieron, don Juan Manuel cantó las excelencias de la lactancia materna, pero sin desajustarse de la realidad, ya que sabía por experiencia que en su grupo social la madre no solía ocuparse de esta tarea o no al menos durante el larguísimo período de tres años recomendado por la Iglesia. Así en una nota autobiográfica insertada en el *Libro de los Estados*, en cuya veracidad no vamos a entrar<sup>43</sup>, don Juan explica su propia lactancia tal como dice que se la relató su madre y ofrece, a partir de esta narración, algunas claves justificativas de su carácter. De nuevo, como en el caso paterno, parece llegarnos cierto tufillo a santidad.

Doña Beatriz le contó a don Juan que porque no tuvo otro hijo sino a él y porque le amaba mucho, durante gran tiempo no consintió que mamara otra leche sino la suya<sup>44</sup>. Después tuvo un ama de cría que era hija de un infanzón muy honrado, pero desafortunadamente esta nodriza —a la que se supone tan honrada como su padre— enfermó y tuvo que amamantarle otra mujer, así que le *dizía su madre muchas vezes, que si en él algún bien obiese, que sienpre cuidaría que muy grant*

<sup>42</sup> *Estados*, pp. 196-197. Vid. M. C. GARCÍA HERRERO, *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, Ayuntamiento, 1990, 2 vols., vol. I, cap. III “La lactancia” y el artículo “Los malos nodrizos de La Vilueña (1482)”, *IV Encuentro de Estudios Bilbilitanos*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1997, pp. 95-103.

<sup>43</sup> El autor, como han puesto de manifiesto Lida de Malkiel y otros estudiosos de su obra, es también un maestro en el arte de “retocar” la Historia y de procurar un barniz histórico a acontecimientos legendarios, de manera que opto por la prudencia.

<sup>44</sup> Esto eleva a la madre de don Juan a la categoría de modelo y le hace participar del comportamiento de algunas madres de santos como Alicia, la de San Bernardo. *Alicia se encargó personalmente de la crianza y educación de sus hijos hasta el punto de que no consintió que pechos ajenos amamantaran a ninguno de ellos: puso sumo empeño en lactarlos por sí misma y en procurarles a través de la leche maternal con que alimentaba sus cuerpos una nutrición espiritual que desarrollara en sus almas la inclinación hacia el bien y hacia la virtud*, S. de la VORÁGINE, *La Leyenda Dorada*, Madrid, Alianza Forma, 1982, 2 vols., vol. 2, p. 511.

*partida dello era por la buena leche que oviera mamado; et quando non fiziese lo que devía, que sienpre ternía que era por quanto mamara otra leche que non era tan buena. (Estados, 197)*

Don Juan expone cómo durante la etapa primicial de la vida, el niño recibe el nombre de infante, que en latín quiere decir hijo o niño pequeño<sup>45</sup>. En su obra, como en la de sus coetáneos, este lapso inicial no es descrito por criterios más o menos objetivos como la dentición, sino por una incapacidad global que se manifiesta en no poder andar, ni hablar, ni valerse por sí mismo<sup>46</sup>. La vertiente positiva derivada de esta misma imposibilidad es la inocencia, pues los pequeños tampoco son capaces de pecar<sup>47</sup>.

A medida que van creciendo, estos viven frecuentes frustraciones *porque el su entendimiento non es aún conplido, y sienpre codician y desean lo que no les conviene e incluso puede resultarles dañino*<sup>48</sup>. Quienes les crían no pueden consentir a sus caprichos y les obligan a hacer lo contrario de lo que ellos querrían, de manera que les hacen sufrir enojos y pesares<sup>49</sup>.

Don Juan entiende que durante esta primera etapa vital la dedicación ha de centrarse en los cuidados corporales precisos: *A los ninnos, en quanto non han entendimiento para entender que.les dizen, non han mester otra cosa sinon guardarles la salud del cuerpo. (Enfenido, 158)* En el *Libro de las Armas* evoca cómo era la crianza en tiempos de su padre, época en la que los bienes, según él, se reservaban con acierto para ponerlos al servicio de Dios, de la santa fe y del reino, y los reyes cuidaban ahorrativamente a los infantes: *criauan sus fijos guardando la salud de sus cuerpos lo mas simple mente que podian; asi que luego que.los podian sacar de aquel lugar que nascian, luego los dauan a alguno que.los criase en su casa.* Esto contrasta con las prácticas del presente, *por que entonçe non era constumbre de criar los fijos de.los reys con tan grant locura nin con tan grant hufana commo*

---

<sup>45</sup> *Estados*, p. 266.

<sup>46</sup> Cuando Turín empezó a ocuparse de Joas, era éste tan pequeñuelo que *abés podía andar nin fablar*, *Estados*, p. 85.

<sup>47</sup> Vid. “Inocentes y llorones” en GARCÍA HERRERO, “Elementos para una historia...”, pp. 231-236.

<sup>48</sup> Sobre la imagen negativa acerca de la infancia, vid. GARCÍA HERRERO, art. cit., pp. 227-230.

<sup>49</sup> *Lucanor*, Parte V, p. 277.

*agora*. (*Enfenido*, 123) Tal vez haya que tomar esta información con ciertas reservas, dado que en esta obra el infante no pierde ocasión para lanzar sus dardos contra Alfonso XI. Sin embargo, ceñido o no a la realidad histórica, lo expuesto revela el pensamiento de don Juan Manuel sobre la infancia, un período que sólo le interesa tangencialmente –como a tantos otros escritores medievales– puesto que la criatura aún no ha llegado al tiempo de la razón y del entendimiento que tan valorados son por el autor.

Alcanzada la edad en la que puede pecar, momento que don Juan no concreta nítidamente, pero que puede cifrarse a partir de otros datos que proporciona en torno a los cinco años<sup>50</sup>, el niño pierde el nombre de infante, y pasa a llamarse *puer* en latín, lo que en castellano quiere decir mozo. No obstante don Juan Manuel se ve obligado a insertar una aclaración referente al vocablo infante, ya que en España y desde antiguo, esa palabra se ha reservado *para los más onrados et los más nobles niños que son en el mundo*, es decir, para los hijos de los reyes, que ya nunca pierden ese nombre<sup>51</sup>.

La mocedad es una etapa crucial que se prolonga hasta los catorce<sup>52</sup>, quince<sup>53</sup> o dieciseis años<sup>54</sup> y que constituye un tiempo privilegiado para que el niño y el adolescente aprendan y adquieran buenas costumbres, *ca las cosas que se aprenden en moçedat, mejor las sabe et retiene omne después toda su vida*. (*Estados*, 79) Por otra parte, debe ser tiempo de entretenimientos constructivos y en el que, en la medida de lo posible, han de evitarse las preocupaciones. Con anterioridad a don Juan Manuel otros textos castellanos, entre ellos las *Partidas*, habían puesto de manifiesto que la tristeza y el sufrimiento podían entorpecer el desarrollo y la salud de los niños y de los muchachos. Un pensamiento de este tipo subyace en la actitud del rey Moraván cuando decide ocultar a su hijo Joas, recién salido de la moce-

<sup>50</sup> *Estados*, p. 198.

<sup>51</sup> *Estados*, p. 266. De ahí lo inadecuado de llamar infante al autor.

<sup>52</sup> *Cauallero*, p. 75.

<sup>53</sup> *Enfenido*, p. 168 y *Lucanor, Exemplo XXI*, p. 86.

<sup>54</sup> *Enfenido*, p. 157. El hecho de no establecer unos años concretos como límite propiciará que don Juan Manuel maneje a veces indistintamente “mocedad” y “mancebía” y los términos mancebo o mozo para referirse a la misma persona. Algo parecido sucede con los testimonios documentales históricos que llegan a alternar ambos vocablos utilizándolos como sinónimos. Vid. más adelante nota 83.

dad, la existencia de la muerte. El rey actúa movido por amor paterno y afán de protección:

- *Fijo infante, vós sodes aún muy ma[n]cebo, et estas cosas, que son razón para [poner] omne en grant cuidado, non querría que cuidásedes en ellas, que vos podrían enpesçer a la salud del cuerpo*<sup>55</sup>.

La mocedad tiene sus ventajas, pero también sus inconvenientes. En los recuerdos de don Juan Manuel ambos aspectos se manifiestan juntos al recordar su relación con el difunto Sancho IV y los acontecimientos de 1294. El rey le envía a Murcia pronto, *a.tener frontera contra los moros, commo quiere que era muy moço, que non avia doze annos conplidos*. Ese mismo verano sus vasallos tuvieron un éxito notable al vencer a un moro muy honrado de linaje real que llegó a la frontera acompañado por cerca de mil caballeros. Él no participó en la batalla: *Et a mi avien me dexado mis vasallos en Murçia, ca se non atreuiéron a me meter en ningun peligro por que era tan moço*. Sin embargo, si la corta edad le libró en junio de la guerra<sup>56</sup>, en el otoño se le manifestó como enemiga, pues cualquiera que contemplase el trato que le procuraba el rey *podria entender que si tiempo et hedat oviese para ello, que non fincaria por el de me llegar a.grand onra et a.grand estado*. (Armas, 134-135)

Mocedad es la época en la que conviene sembrar los valores adecuados y asentar sólidamente los cimientos de la personalidad y del comportamiento, de manera que aunque posteriormente puedan surgir desviaciones, con la ayuda de Dios, el joven pueda recuperar el buen camino. *Et aun en el tiempo que non fiziere tan buenos fechos commo le convenía, non los fará tan malos nin tan desvergonçados commo si en tiempo de la su moçedat fuere criado et acostunbrado de fazer sienpre mal et desaguisado*. (Estados, 79-80)

---

<sup>55</sup> Estados, pp. 90-91. Con anterioridad se ha explicado esta razón y este propósito: *Este rey Morabán, por el grant amor que avía [a] Joas, su fijo el infante, reçeló que si sopiese qué cosa era la muerte o qué cosa era pesar, que por fuerça avría a tomar cuidado et despagamiento del mundo; et que esto sería razón porque no viviese tanto nin tan sano*, (Estados, p. 77).

<sup>56</sup> No parece que la edad librara del campo de batalla a Fernando el Católico, que a los 13 años actuó al frente de las tropas realistas contra el usurpador Pedro de Portugal y el ejército de la Generalidad catalana. Sobre su azarosa infancia y adolescencia vid. A. SESMA, *Fernando de Aragón. Hispaniarum rex*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1992, cap. I y II. Menciona este aspecto S. ARROÑADA, "Aproximación a la vida de los niños en la Baja Edad Media española", *Meridies*, IV (1997), pp. 57-69, p. 61.

Un proverbio advierte a los padres con rotundidad: *Qui no ensseña et castiga sus fijos ante del tienpo de la desobediencia, para siempre ha dellos pecado.* (Lucanor, 237[75])

Y es que, en torno a los quince años, se abre la más peligrosa etapa de la vida: la mancebía. Patronio narra a su señor, que acaba de hacerse cargo de la crianza de un mozo muy pequeño, un cuento que tiene como protagonistas a un muchacho que acaba de iniciar su juventud y a su sabio educador:

- Señor conde Lucanor –dixo Patronio-, un rey avía un fijo et diolo a criar a un philósopho en que fiava mucho; et cuando el rey finó, fincó el rey su fijo moço pequeño. Et criólo aquel philósopho fasta que pasó por XV años. Mas luego que entró en la mancebía, començo a despreciar el consejo daquel que lo criara et allegósse a otros consejeros de los mancebos... (Lucanor, Exemplo XXIº, 86)

## LA MANCEBÍA

No es extraño que la mancebía o juventud llegue acompañada de todo género de desaguisados, o al menos esa es la expectativa que se desprende de la obra manuelina, hasta el punto de que lo contrario provoca admiración en los mayores. El caballero anciano del *Libro del cauallero et el escudero* se pregunta cómo un muchacho tan joven como el caballero novel que ha tenido que ocuparse de tantos asuntos desde la adolescencia, ha podido dirigir y acrecentar su hacienda, aprender de los más variados saberes y realizar las acciones llevadas a cabo. El asunto le intriga tanto como para pedir una respuesta al joven a cambio de las muchas que él le ha proporcionado<sup>57</sup>.

Por su parte el rey Moraván, cuando su hijo le apremia para que se convierta al cristianismo, le pide que no le meta prisas: *Et pues vós, que sodes tan mançebo, non quisiestes fazer tan arebatadamente, non seyendo tan grant maravilla de vos arebatar, por razón de la vuestra mançebía, ¿cómo consejades a mí, que só rey tan ançiano que faga tan grant fecho tan arebatadamente?* (Estados, 146)

---

<sup>57</sup> *Cauallero*, pp. 114-115.

La lógica del rey es aplastante, pues es en la mancebía, y no en la ancianidad<sup>58</sup>, cuando se espera que el hombre sea precipitado, impaciente e impetuoso.

La mancebía es esa etapa inflamable, inestable y expuesta que se prolonga en torno a una década hasta que el hombre alcanza los veinticinco años<sup>59</sup>. Para salir más o menos airoso de esta prueba candente que es la juventud se precisa mucha ayuda divina, porque todo está en contra del joven, empezando por él mismo, y porque los errores, según don Juan Manuel, parecen estar asegurados salvo en las excepciones: *Otrosi, el ma[n]çebo ha muy grant mester la gracia et la merçed de Dios; ca bien cred que desque el omne, sennalada mente el de grant estado et de grant linage, pasa de seze annos fasta que lega a.los veynte et çinco, que es en.el mayor peligro que nunca puede seer, tan bien para el alma commo para el cuerpo, commo para la fazienda; et otro remedio en el mundo non ha sinon que Dios, por la su merçed, le quiera guardar que non caya tal cayda de que se non pueda bien leuantar. Ca de caer, en ninguna guisa non puede ser del todo guardado, saluo si a.padre que nol dexe fazer su danno. (Enfenido, 157)*

La caída resulta casi inevitable, mas cuando se considera que ni siquiera la inteligencia puede salvar a mozos y mancebos de los errores que son frutas granadas de su edad: *Et bien cred que quanto los moços son más sotiles de entendimiento, tanto son más aparejados para fazer grandes yerros para sus faziendas, ca han entendimiento para començar la cosa, mas non saben la manera commo se pueda acabar, et por esto caen en grandes yerros, si non ha qui los guarde dello. (Lucanor, Exemplo IIº, 23)*

Reaparece, pues, la necesidad de preservar y proteger a los muchachos, lo que no resulta tarea sencilla, pues si hay un tiempo en el que el hombre se encuentra

---

<sup>58</sup> Prudencia, sabiduría y capacidad de discernimiento aparecen con frecuencia en la obra manuelina vinculadas a la experiencia y como atributos de la vejez. La idea entronca en una tradición sólida, puesto que la experiencia que proporcionan los años como equivalente a la sabiduría recorre toda la literatura didáctica. Vid. el caso del búho del *Exemplo XIXº*, el único capaz de descubrir a tiempo el engaño porque *era muy viejo et avía passado por muchas cosas*, pero sus advertencias no fueron escuchadas, *Lucanor*, p. 80.

<sup>59</sup> *Enfenido*, p. 157 y 168. La juventud es seca y caliente, vinculada al elemento Fuego, al punto cardinal Sur, al momento diurno del Mediodía, a la estación del Verano, a la Sangre y a la Bilis Amarilla y al temperamento Colérico. GARCÍA HERRERO, art. cit., pp. 243 y ss.

satisfecho de sí<sup>60</sup>, fuerte, seguro, a merced de las apetencias de su voluntad y poco dispuesto a recibir los consejos y advertencias de sus mayores, ese tiempo es la juventud. Entonces, más que nunca, el individuo busca la compañía de sus iguales y el grupo se convierte en su lugar de referencia. El joven gusta de estar con otros jóvenes y quiere probar sus alas, desoyendo y desobedeciendo a quienes pueden asesorarle. Don Juan, que conoce muy bien los riesgos de esta etapa, intenta prevenir a su hijo: *Et desque fuéredes en esa hedat, guardat vos quanto pudieredes del pecado de.la carne, et de.los consejos et de.los dichos et de.los fechos de.los moços, et de oyr las sus caçor[r]ias; ca desto naçe muchos dannos.* (*Enfenido*, 151)

El señor mancebo no debe escoger a sus consejeros porque tenderá a elegir a otros jóvenes dispuestos a darle satisfacción inmediata sin preocuparse de lo conveniente, malos asesores que incluso podrán llevarle a la ruina<sup>61</sup>. Don Juan recuerda a su hijo cómo el hijo de Salomón desestimó a los asesores de su padre, hizo caso a sus consejeros mancebos y perdió para siempre, para él y para sus sucesores, el reino de Israel<sup>62</sup>. Y es que, con frecuencia, al ímpetu juvenil viene a sumarse una gran ingenuidad que lleva al mancebo a creer prontamente que cuenta con muchos amigos verdaderos dispuestos a hacer por él lo que sea menester<sup>63</sup>. Así las cosas, dice don Juan Manuel, lo mejor que puede hacer el señor joven es no tomar consejeros según su voluntad, *mas deuen ser de.los amigos que su padre prouo et fallo por buenos et por leales et que se fallaua bien de su consejo.* (*Enfenido*, 169)

La juventud es época de entendimiento menguado y asidua ebullición sensible y más vale contar con quienes serenen y sujeten hasta alcanzar los veinticinco años. A partir de ese momento los hombres ya poseen un bagaje vital y una capacidad de discernimiento suficiente porque, más allá de los veinticinco, *la sangre et el meollo se van mas asosega[n]do*<sup>64</sup>. Se camina entonces hacia la edad cumplida, los

<sup>60</sup> Un caso extremo lo proporciona el rey que protagoniza el *Exemplo LI*: *avía un rey muy mancebo et muy rico et muy poderoso, et era muy soberbio a grand marabilla...* (*Lucanor*, p. 216).

<sup>61</sup> *Enfenido*, pp. 75-76, pp. 157-158, *Estados*, p. 79, *Lucanor*, p. 86.

<sup>62</sup> *Enfenido*, p. 168.

<sup>63</sup> Esto le sucede al joven del *Exemplo XLVIII*, a quien su padre le aconseja que los ponga a prueba, *Lucanor*, p. 195 y ss.

<sup>64</sup> *Enfenido*, p. 169.

treinta años, la edad perfecta<sup>65</sup>. Y de nuevo Jesucristo se presenta como el modelo acabado:

- *Otrosí, la razón por que Jhesu Christo non pedricó fasta que ovo treinta años et fue bateado, tengo que fue porque fasta XXX años non ha omne hedat conplida, también para entender commo para obrar; et quando omne es de hedat de XXX años, entonçe es en la mejor hedat que puede ser. Et por dar a entender que Él non quería fazer ninguna cosa sinon la mejor que podía seer, por ende non quiso Él pedricar nin seer bateado fasta que ovo XXX años, nin tardarlo más*<sup>66</sup>.

## LOS EDUCADORES: LÍMITES Y CUALIDADES

El proceso de formación de los niños y muchachos de los grupos privilegiados podía llevarse a cabo en el hogar familiar, como en el caso de Joas, educado en el palacio paterno, o bien podía realizarse lejos del hogar, como en el caso del infante don Manuel o de los jóvenes que convivían en la casa del conde Lucanor<sup>67</sup>. No parece que existieran “escuelas de caballeros” en un sentido estricto y tal como proponía Ramón Llull, aunque era práctica muy habitual enviar a los vástagos de los poderosos a criarse junto a algún noble famoso por sus hazañas y por la lealtad guardada a su señor<sup>68</sup>. Así el caballero anciano explicará al novel las ventajas derivadas de pasar los años tiernos en el ambiente adecuado y junto a buenas compañí-

---

<sup>65</sup> Tampoco hay un acuerdo general sobre los años que indican el final de la mancebía, en el *Setenario* se señalan los cuarenta y en la *Glosa al regimiento de príncipes de Egidio Romano*, los veintiocho, vid. J. M. CACHO BLECUA, “Los “castigos” y la educación de Garfín y Roboán en *El Libro del Cavallero Zifar*”, *Nunca fue pena mayor (Estudios de Literatura Española en homenaje a Brian Dutton)*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, pp. 117-135, p. 129. Sobre el tema de las edades del hombre existe abundante bibliografía, pueden consultarse, entre otros, J. A. BURROW, *The Ages of Man. A Study in Medieval Writing and Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1986 y E. SEARS, *The Ages of Man. Interpretations of the Life Cycle*, Princeton University Press, 1986.

<sup>66</sup> *Estados*, p. 332. Ya se había mencionado esta edad en p. 141. No es casual que el rey sabio del que habla el anciano caballero comenzara a reinar a los treinta años, *Cavallero*, p. 78.

<sup>67</sup> Este aspecto de la crianza en el propio hogar o en casa ajena requeriría un trabajo específico. Puede verse lo recogido al respecto en los diversos artículos de la *Historia de la infancia*, dirigida por Lloyd Demause, Madrid, Alianza, 1984 y en el libro de N. ORME, *From Childhood to Chivalry. The Education of the English Kings and Aristocracy*, Londres, Methuen, 1984.

<sup>68</sup> B. DELGADO, “La educación del caballero en la Edad Media”, *Las abreviaturas en la enseñanza medieval y la transmisión del saber*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1990, pp. 339-345.

as: *Et bien cred que para los legos non ha tan buena escuela en el mundo como criar se omne et beuir en casa de los sennores; ca y se ayuntan muchos buenos et muchos sabios, et el que ha sabor de aprender cosas por que vala mas, en ningun lugar non las puede mejor aprender. Ca si bueno quisiere seer, y fallara muchos buenos con que se aco[n]panne.* (Cauallero, 59)

En este segundo supuesto de alejamiento físico durante la etapa de formación<sup>69</sup>, los padres podían controlar la educación a distancia<sup>70</sup>.

Fuera cual fuese el espacio escogido para el aprendizaje, los varones a los que se encomendaba la tarea educativa podían actuar con cierta libertad, aunque, de entrada, se encontraban limitados por las condiciones establecidas por quienes les entregaban a sus hijos o tutelados. A veces se fijaban barreras concretas que no debían ser traspasadas.

En la obra de don Juan Manuel, el caso más evidente de lo expuesto se presenta en *El libro de los Estados*, pues a Turín, ayo de Joas, el rey Moraván le ha prohibido expresamente que enseñe al muchacho cualquier cosa relacionada con la muerte.

Las circunstancias, por una parte, y la perseverancia e inteligencia de Joas, por otra, obligan a Turín a hablar de lo vetado, y desde ese momento el fiel educador tiene miedo:

- Señor –dixo Turín-, así acaesçió el fecho que forçadamente convino que oviésemos a hablar en todas estas razones que el rey vuestro padre me avía mandado que guisase que vós non sopiésedes. Et seed çierto que me tengo ende por muy ocasionado, ca mi bentura et míos pecados me an aguisado que yo mismo vos aya a mostrar todo aquello que el rey vuestro padre me a mandado que guisase que vós non sopiésedes por ninguno. Et pues yo e fecho todo lo contrario de lo que él mandó, muy grant derecho es que pierda la su merçed et me faga mal en el cuerpo et en lo que he. (Estados, 86)

---

<sup>69</sup> Alejamiento que también vivían las niñas y muchachas. En una de las escasas anotaciones con sesgo de género inserta en la obra manuelina, el autor se refiere a los nobles señalando: *Et otrosi aprouechan al mundo labrando et criando: que ellos crian los moços fijos et fijas de los omnes, de que viene a ellos pro et onra.* (Cauallero, p. 103).

<sup>70</sup> DELGADO, art. cit., p. 340, especialmente nota 6.

La mala suerte y los pecados le han llevado a desobedecer al rey, de manera que es lógico que Turín tema lo peor. A Joas no le resulta fácil sosegar a su maestro, pues el hecho de haber sido forzado a explicar aquello que él deseaba ocultar según se le había ordenado, quizás no sea suficiente para calmar a Moraván, así que Turín solicita a su discípulo que interceda por él: - *Et pídivos por merçed que pues yo só sin culpa, que fagades en guisa que el rey, vuestro padre, non aya de mí querrella. (Estados, 87)* Poco después, y a raíz de nuevas palabras tranquilizadoras de Joas, Turín, que continúa sin tenerlas todas consigo, reitera a Joas que medie ante su padre, *pues non fue por mi culpa, pídivos por merçed que non olvidedes de me guardar de daño. (Estados, 88)*

El joven infante, cuerdo como pocos, da a continuación una auténtica lección de diplomacia poco frecuente a su edad, al acercarse al padre humilde y reverentemente, al recordarle su grandeza y prudencia y al pedirle después que galardone a Turín por la buena crianza que le ha proporcionado. Sólo entonces, cuando el rey le ha garantizado que no se enojará ni sospechará del leal servidor, se decide a referirle lo acontecido.

Si las instrucciones de los contratantes -por decirlo de algún modo- constriñen la labor formativa, también la posición social de los que se ha de educar acarrea nuevos límites, *ca los fijos de los grandes sennores en ninguna guisa non deuen ser feridos nin apremiados commo los otros omnes de menores estados. (Cauallero, 74)* El castigo físico queda descartado ya que en la obra manuelina sólo se contempla a una edad muy temprana y como prerrogativa paterna, *ca el padre, quando fiere al fijo pequenno, si.le fiere con la vna mano, dal del pan con la otra. (Cauallero, 86)* Aún más, los criadores de los nobles necesitan grandes dosis de paciencia para no apremiar ni violentar a sus discentes, *commo quiera que el castigo con premia non lo an mester los sennores que son de grant sangre, si non en quanto son moços a.lo mas fasta en quatorze annos. (Cauallero, 75)* Por otra parte, no debe extrañarles que si cumplen rectamente su misión, algunos jóvenes, en algún momento, se vuelvan contra ellos. Toda precaución es poca, como se puede oír en las palabras que Patronio dirige al conde Lucanor:

- *Et vós, señor conde, pues criastes este moço et querriades que se ende-reçasse su fazienda, catad alguna manera que por exienplos o por palabras maestradas et falagueras le fagades entender su fazienda. Mas por cosa del mundo non derrangedes con él castigándol nin maltrayéndol,*

*cuydándol endereçar, ca la manera de los más de los moços es tal, que luego aborrescen al que los castiga. Et mayormente si es omne de grand guisa, ca liévanlo a manera de menosprecio, non entendiendo cuánto lo yerran, ca non han tan buen amigo en el mundo commo el que castiga el moço por que non faga su daño; mas ellos non lo toman assí, sinon por la peor manera. Et por aventura caería tal desamor entre vós et él, que ternía daño a entramos para adelante*<sup>71</sup>.

A los educadores se les encomienda una tarea harto delicada que además es de prever que cuente con importantes repercusiones en el futuro, dada la categoría social de los discípulos, de manera que al igual que sucedía en lo tocante a la elección de las nodrizas, no conviene hacer las cosas precipitadamente. Lo mejor es buscar en el círculo de los conocidos, gentes cercanas que ya hayan probado su valía y lealtad y que acostumbren a actuar con recta intención<sup>72</sup>. Entre los formadores del propio don Juan Manuel ocupó un papel estelar don Alfonso García, un caballero que era muy anciano en el momento de la redacción del *Libro de las Armas*, que se había criado con su padre, el infante don Manuel, del que era hermano de leche<sup>73</sup>. A su vez del infante don Manuel se dice que había sido entregado a un hombre de confianza de Fernando III, don Pero López de Ayala, que lo llevó a criar a sus tierras<sup>74</sup>.

También Moraván recurre a sus allegados y de hecho deposita a Joas en las manos de un hombre al que él mismo ha criado: *Et por ende, fabló con un cavallero que él criara, que avía no[n]bre Turín, que él amava mucho; et por el grant entendimiento que avía et por la criança que en él fiziera, fiava mucho dél. Et por estas cosas que en él avía, acomendól que criase al infante Joas, su fijo, et rogól et mandól quel mostrase las maneras et costunbres que él pudiese. (Estados, 77)*

<sup>71</sup> *Lucanor, Exemplo XXIIº*, p. 89. En un proverbio largo y complejo en el que don Juan Manuel plasma su visión más negativa de la naturaleza humana, advierte que el hombre *non se vergüença por sus yerros et aborresce quil castiga*, (*Lucanor, Parte II*, p. 230 [6]).

<sup>72</sup> Las labores de construcción y crianza pueden realizarse con intenciones diversas. Lo ideal es que se lleven a cabo para servicio de Dios y bien del mundo, pero también es posible tener intención de hacer tuerto o mal, o buscar ser alabado más allá de lo que se merece. Entonces cabe hablar de mala intención y vanagloria, *Cauallero*, p. 103.

<sup>73</sup> *Armas*, p. 122.

<sup>74</sup> *Armas*, p. 123.

Confianza, entendimiento, buena crianza... estas son algunas de las virtudes que van trazando el perfil del educador, que además debe ser hombre bueno para que con su ejemplo estimule al discípulo a mantenerse en el camino recto, porque *qui a sí mismo non endereça non podría endereçar a otri*. (Lucanor, 234 [41])

*Et desque comnçare[n] a fablar et sopiere[n] andar, dévenles dar moços con que trebejen aquellos trebejos que les pertenesçe[n], segund su edat. Et desque fueren algùn poco entendiendo, deven poner con ellos omnes buenos entendudos, de que oyan sinpre buenas razones et buenos consejos, et aprendan buenas maneras et buenas costumbres.* (Estados, 197) Hombres leales y dotados de gran cordura<sup>75</sup>, íntegros y experimentados, capaces de velar por el bien de sus pupilos, incluso cuando con ello se arriesguen a caer en desgracia, varones, en fin, que sepan y quieran anteponer el bien y los intereses de los muchachos, a su propia conveniencia.

Don Juan no ignora que hay que ser de una pieza para no caer en la tentación de dejar hacer a los niños y muchachos su voluntad y antojo, y denuncia que a veces los infantes no son tan bien educados como correspondería, *ca los que los crían, por los fazer plazer, trabajan en los falagar et consiénten[les] quanto quieren et loánles quanto fazen*. Se precisa responsabilidad y firmeza porque todos los hombres en general, y en especial los mozos, desean cumplir su voluntad más que otra cosa, y de esto se siguen graves daños: *Otrosí, les empesçe mucho porque ellos cuidan et les dan a entender que porque son mucho onrados et de muy alta sangre, que se a de fazer quanto ellos quieren, sin trabajar ellos mucho por ello*. (Estados, 254)

El mal no sólo afecta a los hijos de los reyes, sino también a los hijos de los señores. Sus educadores pueden hacerles mucho y perdurable bien al criarlos y castigarlos<sup>76</sup> para que sean buenos, pero también se pueden equivocar *falagando a sus criados por que estén mejor con ellos, o encubriéndoles o loándoles, quando en alguna cosa non fizieren lo que deven, ca por lo que ellos entonçe les consienten*,

---

<sup>75</sup> Cauallero, p. 75.

<sup>76</sup> Sobre los significados de castigar y castigos en el campo de la educación, es decir relacionados con el consejo, la enseñanza y la advertencia, remito a los artículos de J. M. CACHO BLECUA, “Los “castigos” y la educación de Garfín y Roboán en *El Libro del Cavallero Zifar*”, *Nunca fue pena mayor (Estudios de Literatura Española en homenaje a Brian Dutton)*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, pp. 117-135 y “El título de los *Castigos y Documentos de Sancho IV*”, *La Literatura en la época de Sancho IV*, Universidad de Alcalá, Servicio de Publicaciones, 1996, pp. 153-168.

*toman ellos muy grant daño para adelante en los sus cuerpos et en las sus fazien-  
das et de las gentes que an de mantener. (Estados, 284)*

Se necesitan, pues, hombres cabales y responsables que sean discretos, de forma que cuando castiguen de palabra lo hagan de una manera y en un lugar que no acarree daño o deshonor<sup>77</sup>. Pero no acaba aquí la cosa, pues además de su talante o “saber ser”, el buen educador debe dominar las disciplinas –sean del tipo que sean- que ha de transmitir y utilizar los métodos adecuados para ello, es decir debe “saber hacer”. Así el caballero anciano del *Libro del cauallero et del escudero* experimenta constantemente un sentimiento de vergüenza, pues, pese a su sabiduría, estima que le faltan conocimientos y que no se encuentra preparado para constestar a las preguntas sobre todo tipo de ciencias que le formula el caballero novel<sup>78</sup>. Si se equivoca, sin duda repercutirá en su fama, pues *avn que omne diga muchas buenas razones, si dize entre ellas alguna que non sea tan buena, mas paran los omnes mientes en aquella que non es tan bien dicha, que non en todas las otras, por bien dichas que sean*. Pero la ignorancia del que enseña, dada la autoridad que se le concede, aún tiene otra secuela de mayor gravedad: *Otrosí el que oye alguna cosa, et sennalada mente quando la oye [de] alguno de quien quiera aprender, si aquel que la muestra non habla en aquella cosa muy verdadera mente et muy conplida, es muy grant danno al que.la [ha] de aprender. Ca sienpre fincara en aquella entençion, et cuydara que sabe la verdat de aquella cosa, et por aventura non sera asi. Et asi fincaran omnes non tan bien commo avian mester: ca el que muestra fincara engannador, et el que aprende fincara engannado, cuydando que sabe la cosa non la sabiendo. (Cauallero, 71)*

De nuevo Turín se deja ver en toda su estatura de gran educador y consejero cuando recomienda a Moraván que busque a otro más y mejor preparado que pueda completar la tarea de formación que él ha llevado a cabo con Joas. Turín es capaz de reconocer que ha llegado a su límite, de manera que introduce en escena a Julio,

<sup>77</sup> *Cauallero*, p. 86.

<sup>78</sup> En diversos momentos de su obra, don Juan Manuel reflexiona sobre la especialización de los saberes y la compartimentación que acarrea, así, por ejemplo, el viejo caballero se excusa de antemano por si no responde atinadamente a cuestiones concretas de artes y ciencias que utilizan “palabras señaladas”. Sólo el iniciado comprende la jerga específica de su disciplina, *et por seer muy sabidor en otra non entendera aquellas palabras que son de la sciencia que el non sabe*, (*Cauallero*, p. 59).

un hombre honrado, recto y sin malicia, de buena intención, muy letrado y de buena palabra que está perfectamente cualificado para tomarle el relevo<sup>79</sup>.

Resultan de gran interés las reflexiones pedagógicas de don Juan Manuel, pues recalca que no es suficiente con que el formador sepa, sino que también debe tener el gusto por enseñar y la capacidad de comunicar el conocimiento de un modo ameno. De manera que aconseja que los que castigan a los hijos de los reyes y de los grandes señores *sean de buena razon et de buena palabra, y capaces de estimular a sus pupilos, que ayan sabor de aprender las cosas por que valdran mas*<sup>80</sup>. Lo ideal es que el maestro se exprese de forma precisa, concisa, rigurosa y completa, aunque no siempre es fácil conciliar brevedad y claridad, y en este punto Joas solicita a Julio que utilice todas las palabras que sean menester, porque *mas aprovechoso para el que ha de aprender es en ser la scriptura más luenga et declarada, que non abreviada et escura*<sup>81</sup>.

Los contenidos siempre deben adaptarse a la edad, de manera que en cada momento se puedan comprender<sup>82</sup>, y, al mismo tiempo, ha de confiarse en los recursos para el aprendizaje de los sujetos, ya que resulta muy fatigoso escuchar una y otra vez repeticiones innecesarias, *ca non a.cosa, por bien dicha que sea, que sy muchas vegadas se dize vna en pos otra, que se non enoje della el que la oye.* (Cauallero, 74)

Convenientemente motivados, serán los propios jóvenes los que se encarguen de indagar aquello que les interesa, pues el buen maestro sabe jugar con la impaciencia de la juventud para ponerla a su favor. En este punto demuestra su pericia y lucidez el filósofo del *Exemplo XXIº de El conde Lucanor*; aquel, ya mencionado, cuyo discípulo había entrado en la edad de la desobediencia y se mostraba en rebel-

<sup>79</sup> *Estados*, p. 97.

<sup>80</sup> *Cauallero*, p. 74. El capítulo XXXVIIº del *Libro del cauallero et el escudero*, en el que el discípulo ha preguntado por los planetas, se convierte en una breve síntesis de pedagogía.

<sup>81</sup> *Estados*, p. 192. Vid. *El conde Lucanor*, edición de M. J. LACARRA, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1999, "Las dos "maneras" de escribir", pp. 36-38.

<sup>82</sup> *Et por ende dizen que el que alguna cosa quiere mostrar, que lo a dezir en manera que plega con.ella a.los que la an.de aprender; otrosi que.la diga en tiempo que la puedan entender et cuydar en.ello et non en al, et otrosi que.lo diga a tales que entiendan lo que.les dize aquel que los quiere mostrar.* (*Cauallero*, p. 74).

día, rodeado de jóvenes como él, y desatento a todas las recomendaciones de su maestro quien *non sabía qué fazer, ca ya muchas vezes provara de lo castigar con ruego et con falago et aun maltrayéndolo, et nunca pudo fazer y nada, ca la moçedat lo estorvava todo*<sup>83</sup>. Sin embargo, y pese a las contrariedades, el sabio no desiste. Conocedor de la naturaleza humana y de las características de cada etapa vital, urde una estrategia prodigiosa que aviva la curiosidad del joven rey y alimenta sus ganas de saber, al tiempo que le dificulta el acceso al conocimiento que desea. *Et commo los moços son quexosos para saber et para fazer todas las cosas, el rey, que era moço, quexávase mucho por veer cómo catava los agujeros el filósopho.* (*Lucanor*, 87) Una vez generada la expectación idónea, el educador coloca el mensaje que desea transmitir, y que no resulta nada grato de escuchar, en un envoltorio tan teatral y atractivo que aún incrementa más la atención del muchacho disponiéndole a recibirlo. De este modo son las cornejas las que, al acordar el casamiento de sus hijos, hacen consciente al joven rey de lo mal que está obrando y de cómo está contribuyendo a la perdición del reino, con lo que el maestro consigue que el mozo se apesadumbre, retorne a sus sabios consejos y en poco tiempo enderece su vida y la gestión de su hacienda.

El rey del cuento es un huérfano de unos quince años para el que el filósofo se ha convertido en padre y maestro, nombres con los que Joas se dirige en diferentes ocasiones a Julio explicando en una de ellas la causa de este vocativo, que no es sino la “paternidad de aprendizaje”:

- *Julio, bien sabedes que una de las cosas [por] que omne puede llamar padre a otro que non lo engendró es [porque es] aquel de quien a de aprender*<sup>84</sup>.

Cabe, pues, pensar que el buen discípulo, como el buen hijo<sup>85</sup>, sabrá reconocer la deuda contraída con sus educadores y será agradecido. No obstante parece ser

<sup>83</sup> *Lucanor*, p. 87. Obsérvese que al referirse al joven rey se dice que había entrado en la mancebía (p. 86), para acto seguido, referirse a su mocedad.

<sup>84</sup> *Estados*, p. 104. Vid. también, p. 105, 137 y 275 en donde repite *tengo por maestro et en logar de padre*.

<sup>85</sup> La expectativa queda plasmada en el proverbio que reza: *Razón es que reciba omne de sus fijos lo que su padre recibió dél*, (*Lucanor, Parte III*, p. 247 [28]).

que no siempre los ayos y maestros justos que obraron lealmente recibieron el galardón que esperaban y que, a su juicio, merecían<sup>86</sup>.

En la obra manuelina el tema de la ingratitud del discípulo es abordado de forma magistral en el ejemplo más conocido de *El conde Lucanor*, al que suele considerarse la perla de la colección. Se trata del *Exemplo XIº: De lo que contesció a un deán de Sanctiago con don Yllán, el grand maestro de Toledo*, en el que se describe con genialidad cómo las personas desagradecidas lo son más cuanto más arriba llegan<sup>87</sup>.

Y de nuevo retornamos al plano del talante, del deber y saber ser, porque entre las virtudes morales que ha de poseer el educador, la generosidad está llamada a ocupar un lugar preminente. Los formadores que se ocupan de niños y muchachos que les aventajan mucho socialmente se encuentran en una posición difícil, casi tanto como la de los consejeros de los grandes. Generosidad y prudencia deben darse la mano, porque como ya se ha visto, no es sencillo corregir y castigar cabalmente a los cachorros de las elites sin ofenderles, del mismo modo que el asesor del hombre muy honrado debe aconsejarle con verdad, pero sin degradarle o menoscarlo. Mucha autoridad moral y poco poder constituyen, sin duda, una combinación peligrosa.

Antes de emitir su opinión, Patronio –como también hace Turín<sup>88</sup>- suele parapetarse tras escudo de lisonjas:

- Señor Lucanor –dixo Patronio- bien sé yo que vos fallaredes muchos que vos podrían consejar mejor que yo; et a vos dio Dios muy buen entendimiento, que sé que mi consejo que vos faze muy pequeña mengua, mas pues lo queredes...<sup>89</sup> (*Lucanor, Exemplo IIº, 23*)

Patronio, referente modélico, no ignora los grandes riesgos que se asumen al manifestarse en cuestiones de calado y poco claras, por lo que si el consejero es leal y de buena intención le resulta muy triste pronunciarse en ellas, *ca si el consejo que*

---

<sup>86</sup> ARROÑADA, art. cit., p. 61.

<sup>87</sup> *Lucanor*, pp. 52-58.

<sup>88</sup> *Ca, señor, como quier que vos avedes tan buen entendimiento que vos non faze mengua consejo de ninguno...* (*Estados*, p. 94).

<sup>89</sup> *Lucanor, Exemplo IIº*, p. 23.

*da recude a bien, non ha otras gracias sinon que dizen que fizo su debdo en dar buen consejo; et si el consejo a bien non recude, sienpre finca el consejero con daño et con vergüença. (Lucanor, Exemplo XIIº, 59)*

Además de todo ello, el consejero debe mantenerse siempre en un discreto segundo plano respecto a su señor para evitar que este le envidie cualquiera de sus cualidades<sup>90</sup> y, cumplidas todas las condiciones, aun le queda rezar devotamente para que su señor no recele de él ni dé por hechas<sup>91</sup> las intenciones torcidas o actitudes desleales que le atribuyan sus enemigos<sup>92</sup>.

Los formadores y consejeros ideales se caracterizan por una generosidad ilimitada que convierte en objetivo propio el provecho de sus *criados* y señores. Si después algún bien se derivase para ellos, pueden y deben disfrutarlo, puesto que por su lealtad lo han merecido: *Ca todo omne que a otro conseja deve catar en el consejo que da mas la pro de aquel a quien conseja que la suya; et si asy non lo faze, non es leal consejero. Pero si, guardando primera mente la pro de aquel a qui conseja, saca para si alguna pro de aquel consejo que da, deuese tener por de buena ventura. (Cauallero, 52)*

No obstante, dos de los educadores descritos en la obra de don Juan Manuel no sólo son generosos y leales, sino también hombres extremadamente austeros. A Julio le marca su estado clerical: *levólo el rey consigo et fízol mucha onra et mucho bien, et mucho más le fiziera si lo quisiera tomar, mas segund la manera que Julio avía tomado a serviçio de Dios, non fazía mengua lo que el rey le prometiera dar. Et por ende non quiso tomar ninguna cosa de lo suyo, sinon la vianda que avía de comer, segund los ayunos et las abstinencias que fazía. (Estados, 101-102)* Por su parte el anciano caballero convertido en ermitaño -que también es parco en materia

<sup>90</sup> DEVOTO, *Introducción...*, p. 360.

<sup>91</sup> El capítulo XX del *Libro Enfenido* es un catálogo de maledicencia. En p. 178 el infante recomienda no creer todo ni dejar de creer todo lo que se le dice, pero, en cualquier caso el señor no debe obrar precipitadamente: *mas que [non] se ar[r]ebate a fazer ninguna cosa sobre ello fasta que sepa aquel pleito de rays donde se leuanta*. Reyes y señores deben evitar la ira y la precipitación, se trata de un *topos* de la literatura didáctica y de “espejos de príncipes”.

<sup>92</sup> *Lucanor, Exemplo Iº*, p. 16; *Exemplo XVIIº*, p. 76. Empleo “exemplo” y “exemplo” porque así lo hace la edición de Guillermo Serés que estoy utilizando. *Lucanor, Parte II*, p. 232 [20] *En grant cuyta et periglo vive qui recela que sus consejeros querrían más su pro que la suya*.

de alimentación<sup>93</sup>-, a pesar de lo mucho que disfruta de la compañía del mancebo le estimula a seguir su camino, pues no quiere que éste pierda ninguna oportunidad de acrecentar honra y hacienda por quedarse a su lado. Cuando se separan por primera vez todo el afán del muchacho es servirle y recompensarle, y el anciano, que vive apartado de las vanidades del mundo, *si se pago de alguna cosa de.lo quel traya, tomolo mas por mostrarle buen talante que por otro plazer que en ello fallasse.* (Cauallero, 53)

Tanto Julio como el caballero ermitaño parecen ser casos excepcionales, pues la expectativa legítima de honra y beneficios por parte de los formadores es descrita cuidadosamente en el *Libro de los Estados*:

*Los que crían los fijos de los señores an muy grant onra et muy grant aprovechamiento; ca si de buena ventura fueren, et sus criados fueren buenos et [de] buenas costumbres et de buenos entendimientos, serán las gentes de la tier[r]ja bienandantes; et los señores que ellos criaren fazerles an mucha onra et mucho bien, et de las gentes de la tier[r]ja serán mucho amados. Et por todas las razones que desuso son dichas, tobieron por bien los señores de dar estos oficios, que son los más onrados, a los nobles defensores.* (Estados, 280-281)

## LOS CONTENIDOS DE LA EDUCACIÓN

Durante los años de infancia y mocedad la mente del niño y del joven es tierra fecunda en la que se pueden plantar valores y normas que no serán fáciles de olvidar en el futuro. Don Juan –como ya hemos visto- es muy consciente de este fenómeno. En la etapa primicial se integra lo que Rochais ha denominado *conciencia socializada*, un código adquirido, externo, a veces no exento de incoherencias, al que el sujeto, al menos en principio, trata de ajustarse para ser admitido y reconocido por su grupo y también para sentir bienestar, ya que la transgresión de los principios y reglas inculcados genera desasosiego y culpabilidad<sup>94</sup>. Por otra parte este tiempo inicial de la vida es también el momento propicio para construir el primer

---

<sup>93</sup> El caballero novel le deja algunas viandas, y más le hubiera entregado, pero el anciano no quiso, *Cauallero*, p. 54.

<sup>94</sup> A. ROCHAIS, *Las conciencias*, Madrid, Personalidad y Relaciones Humanas, 1987 y V.V. A.A., *La persona y su crecimiento*, Madrid, Personalidad y Relaciones Humanas, 1997, pp. 116-129.

ideal de uno mismo, una imagen positiva, más o menos ajustada a las posibilidades reales, en cuya elaboración las expectativas de las personas con autoridad e influencia para el individuo desempeñan un papel decisivo<sup>95</sup>.

Pasado el tiempo e ingresado en la “edad de la desobediencia”, el sujeto generará su propio sistema de valores y código de conducta, llamado por Rochais *conciencia cerebral*, y es muy posible que retoque, complete, acomode e incluso cambie sustancialmente su ideal; ahora bien, si en la etapa de la conciencia socializada se ha invertido el tiempo y esfuerzo suficiente en enseñar al individuo quién es, qué es y lo que se espera de él, es muy posible que tarde o temprano haga suya buena parte de las ideas recibidas y, con mayor o menor consciencia, se entregue a la reproducción del sistema.

Para don Juan Manuel, como para tantos otros educadores bajomedievales, la formación del noble supone en primer lugar la transmisión de unos valores morales y sociales cuyo cumplimiento encamina hacia la excelencia y la salvación. En este punto la obra manuelina no carece de matices e incluso de contradicciones, de manera que resulta imposible abordar todos los aspectos de la ética nobiliar, tal como él la concibe, en estas páginas, por ello se ha optado por intentar entresacar someramente algunas de las líneas maestras que dibujan, a su juicio, la figura del defensor modélico.

### **Algunas virtudes del defensor modélico.**

El sentido de la vida humana, en último término, sólo lo conoce Dios, dice don Juan; sin embargo aventura reiteradamente la hipótesis de que los hombres han sido creados para vivir de tal modo y hacer tales obras que, cuando mueran, puedan ingresar en el Paraíso y ocupar los lugares o sillas que quedaron vacíos tras la caída de los ángeles locos y soberbios que optaron por seguir a Lucifer como mayoral. Esos huecos están esperando ser cubiertos por quienes los merezcan, que pasarán la eternidad loando al Creador<sup>96</sup>. Así el objetivo prioritario de la vida es salvar el alma y por lo tanto no debiera existir placer mayor que estar sin pecado ni dolor tan

---

<sup>95</sup> A. ROCHAIS, *El ideal de uno mismo*, Madrid, Personalidad y Relaciones Humanas, 1997 ; *La persona y su crecimiento*, pp. 82-83.

<sup>96</sup> *Cauallero*, p. 85, *Enfenido*, p. 149, *Estados*, p. 129.

grande como la pérdida de la gracia de Dios<sup>97</sup>. Pero para emprender con garantías de éxito este camino que conducirá a la Gloria, el hombre ha de conocerse en su estado, lo que no resulta sencillo, *ca non tan solamente yerra el omne en conosçer a.otro omne, ante yerra en conosçer a.sy mismo*, de manera que todos creen ser de un estado mayor o menor del que les pertenece, lesionando el orden del mundo y a ellos mismos<sup>98</sup>.

Don Juan Manuel parece preocupado por la posibilidad de que a su hijo le hagan creer en el futuro que le corresponde un escalón social inferior; así le subraya que su estado se asemeja más al de los reyes que al de los ricos hombres: *Et mando vos et consejo vos que este estado leuedes adelante; et non vos faga ninguno creyente que auedes a.mantener estado de rico omne, nin tener esa manera*. Aún le dice más, si consigue llevar su estado adelante, pocos ricos hombres habrá en Castilla que si ovieredes qui les dar, que non sean vuestros vasallos. (*Enfenido*, 163)

No es posible la salvación fuera del cristianismo<sup>99</sup>, pero tampoco lo es si el noble no hace lo que debe, lo que incluye el acrecentamiento de su honra. De ahí la insistencia en “llevar adelante” el propio estado, pues obra con poca inteligencia y menguado valor quien descansando en su cuna, no hace merecimientos propios, *çierto cred que en mal punto fue nascido el omne que quiso valer más por las obras de su linage que por las suyas*<sup>100</sup>. Si Dios otorga el privilegio de nacer entre los defensores, que es el estado más alto para un laico<sup>101</sup>, no conviene defraudar al Señor, más, teniendo en cuenta, que la predilección divina no finaliza en este mundo: *Yo entiendo et tengo que la vondat de Dios es tan conplida, que en quanto en mayor onra et en mayor estado pone a los omnes en este mundo, tanto más es*

---

<sup>97</sup> Cauallero, p. 50.

<sup>98</sup> Cauallero, p. 78. En *Lucanor; Exemplo Vº*, p. 40, hay una clara invitación al autoconocimiento ajustado a la realidad, de manera que no sea posible el engaño. *Estados*, p. 73: *Et porque entiendo que la salvación de las almas a de ser en ley et en estado...; Lucanor, Parte II*, p. 236 [57] *La mayor desconoscencia es quien non conosce a sí, pues ¿cómo conozrá a otri?*.

<sup>99</sup> *Estados*, p. 120.

<sup>100</sup> *Estados*, p. 254. En esta misma línea de valía personal debe insertarse el *Exemplo XXVº* en el que Saladino recomienda al conde que case a su hija con un hombre, *Lucanor*, pp.101-109.

<sup>101</sup> Además del discurso continuo del *Libro de los Estados*, vid. Escudero, p. 44, *Armas*, p. 134, *Enfenido*, p. 162.

*su voluntad de gelo mantener et cresçentar en el otro, si ellos gelo sopieren conoçer et obraren commo deven*<sup>102</sup>. Esta idea, empapada de orgullo de clase, re- parece en términos similares: *Ca bien creed que quanto Dios en mayor estado pone al omne en este mundo, tanto gelo da mayor en el otro, si en éste lo sirve como deve*<sup>103</sup>.

Conviene, pues, hacer lo debido y hacerlo bien, y para ello el noble cuenta con una gran aliada, con un sentimiento poderoso: la vergüenza.

La vergüenza es definida en el *Libro del cauallero et del escudero como la madre et la cabeça de todas las vondades*<sup>104</sup>, y en *El conde Lucanor el Exemplo Lº* ilustra cómo la vergüenza es la mejor cualidad que el hombre puede poseer<sup>105</sup>. Hasta tal punto es importante, que uno de los proverbios advierte que *Quien ha fijo de malas maneras et desvergonçado et non recibidor de buen castigo, mucho le sería mejor nunca aver hijo*. (*Lucanor*, 231 [12])

De los múltiples contextos en que aparece y de los diversos significados que posee esta palabra<sup>106</sup>, nos interesa aquí especialmente su condición limitativa, *ca por vergüença suffre omne la muerte, que es la más grave cosa que puede seer, et por vergüença dexa omne de fazer todas las cosas que non le parescen bien, por grand voluntat que aya de las fazer. Et assí, en la vergüença han comienço et cabo todas las bondades, et la vergüença es partimiento de todos los malos fechos*. (*Lucanor*, 211) La vergüenza permite reconocer el territorio de lo conveniente y ayuda a no

---

<sup>102</sup> *Estados*, p. 150. Frente a estos discursos de los poderosos y también frente a su capacidad para “comprar” buenos lugares en el Más Allá, las gentes del común reaccionaron con estrategias propias como la creación del trentenario de San Amador. M. C. GARCÍA HERRERO, “Ritos funerarios y preparación para bien morir en Calatayud y su Comunidad (1492)”, Zaragoza, *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 59-60 (1989), pp. 89-120.

<sup>103</sup> *Estados*, p. 176, y continúa diciendo: *aún só çierto que quanto los sanctos fueron de mayor entendimiento, tanto an mayor logar en el Paraíso; ca ellos le ganaron por las sus buenas obras et entendiendo todo lo que fazían*. Lo que plantea la cuestión de qué lugar de la Gloria irían a ocupar las criaturas que fallecían después de ser bautizadas.

<sup>104</sup> *Cauallero*, p. 49.

<sup>105</sup> *Lucanor*, pp. 204-215.

<sup>106</sup> Analizados por J. M. CACHO BLECUA, “La vergüenza en el discurso del poder laico desde Alfonso X a don Juan Manuel”, *Actas del VI Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. J. M. Lucía, Alcalá de Henares, Universidad, 1997, I, pp. 393-411.

traspasar sus términos: *es cosa por que hombre dexa de fazer.. (Cauallero, 17)* Por lo tanto, y combinada con el buen seso o entendimiento dotará de la capacidad de discernir, que es la clave para utilizar correctamente el libre albedrío y decidir qué hacer, cómo y cuándo, y qué no hacer.

Ayudado por la gracia de Dios, por su entendimiento y vergüenza, el caballero sabrá guardar lo que debe a Dios, a su señor, a sí mismo y a las gentes<sup>107</sup>. El buen seso le mostrará cuándo pedir algo y a quién, cuándo y con qué personas ser sufrido, manso y de buen talante, y cuándo mostrarse bravo, esforzado y cruel, conocerá con qué debe alegrarse y entristecerse. Sabrá también evitar la guerra tanto como sea posible, pero en el caso de tener que batallar distinguirá el modo idóneo de iniciar la guerra sin mengua, proseguirla con cordura y finalizarla sin deshonra. Gracias al entendimiento podrá repartir con largueza y justicia las ganancias y ser un buen señor de los suyos y un buen compañero –siempre con el debido respeto– en tiempos turbulentos y pacíficos<sup>108</sup>.

Merced al entendimiento y a la razón, el hombre puede superar su animalidad, actuar con madurez y prudencia, sin arrebato y sin ser esclavo de su voluntad, o lo que es lo mismo, es capaz de controlar sus enconos, deseos y apetencias<sup>109</sup>. *Más vale seso que ventura, que riqueza nin linage*, reza el proverbio<sup>110</sup>. No en vano sintetiza don Juan Manuel las múltiples cualidades que ha de contar el emperador enfatizando dos: *la una, que aya buen entendimiento, et la otra que haya buena entención. (Estados, 184)*

La buena intención es un hilo conductor en la obra juanmanuelina que debe impregnar todos los sentimientos, actitudes y comportamientos de los defensores. Tener buena intención es buscar que Dios sea servido y que no venga mal a nadie, obrar derechamente y cumplir con el deber, sin buscar más recompensa que la salvación y la honra<sup>111</sup>. Y todo, ya sea realizar obras de misericordia, educar, construir, gobernar o guerrear, ha de hacerse por amor a Dios, sin ninguna vanagloria y sin

---

<sup>107</sup> *Cauallero*, p. 47.

<sup>108</sup> *Cauallero*, pp. 48-49.

<sup>109</sup> *Estados*, p. 89, 108, 122, 241; *Lucanor; Exemplo IIº*, p. 27.

<sup>110</sup> *Lucanor; Parte II*, p. 233 [34]. ¿Será casual el orden en el que se enuncian?

<sup>111</sup> *Cauallero*, p.102.

pretender loor ni alabanza de las gentes<sup>112</sup>, pues aun las mejores acciones se degradan y tuercen cuando lo que las motiva es mundano o interesado. Quizás ningún ejemplo tan claro como el de los que luchan contra los moros, *como quier que todos los que van contra los moros fazen bien, pero non devedes crer que todos los que mueren en la tierra de los moros son mártires nin sanctos. Ca los que allá van robando et forçando las mugeres et faziendo muchos pecados et muy malos, et mueren en aquella guerra, ni aun los que van solamente por ganar algo de los moros, o por dineros que les dan, o por ganar fama del mundo, et non por entención derecha et defendimiento de la ley et de la tierra de los christianos, éstos, aunque mueren, Dios, que sabe las cosas escondidas, sabe lo que a de seer destos tales.* (Estados, 225)

Dios conoce lo que se oculta en mentes y corazones, y si la persona consigue engañar al mundo y a sus moradores, e incluso a hombres tan cualificados como dominicos y franciscanos, no logra distraer ni equivocar al Creador que va más allá de las apariencias y desvela lo que pone en marcha las acciones, tal como le sucedió a aquel senescal de Carcasona que perdió su alma por realizar buenas obras con mal espíritu<sup>113</sup>.

El noble, pues, no debe actuar movido por la obtención de buena fama ni de riqueza, pero, sin embargo, don Juan Manuel no ignora que ambas cosas le son muy necesarias para mantener adecuadamente y acrecentar su estado<sup>114</sup>.

En el *Exemplo LXVI*º, el conde Lucanor se dirige a su consejero en estos términos:

- *Patronio, vós sabedes que una de las cosas del mundo por que omne más deve trabajar es por aver buena fama et por se guardar que ninguno non le pueda travar en ella [...], ruégovos que me consejedes en cuál manera podré mejor encrescentar et levar adelante et guardar mi fama.* (Lucanor, 187-188)

<sup>112</sup> Estados, p. 241.

<sup>113</sup> Lucanor, *Exemplo XL*º, pp. 161-164.

<sup>114</sup> A propósito de la buena fama, vid., entre otros, Estados, p. 174, 181, 190, 202, 237, 267-268; Lucanor, *Exemplo XVI*º, pp. 71 y ss., *Exemplo XXI*º, p. 86, *Exemplo XLVI*º, pp. 187 y ss. Vid. LIDA DE MALKIEL, op. cit., pp. 207-220.

Tras relatarle la historia del anciano filósofo calumniado, Patronio concluye diciendo a su señor: *Et devedes saber que en las cosas que tañen a la fama, que tanto aprovecha o enpece lo que las gentes tienen et dizen commo lo que es verdat en sí. Mas quanto para Dios et paral alma, non aprovecha nin enpece sinon las obras que el omne faze et a cuál entención son fechas.* (Lucanor, 191)

El *Exemplo* resulta meridianamente claro, pues si por un lado plasma la expectativa nobiliar, por otro y mediante la sabiduría del consejero, reorienta la mirada hacia la buena intención.

En repetidas ocasiones don Juan invitará a sus lectores a que actúen de acuerdo con su conciencia<sup>115</sup> sin intentar conseguir el beneplácito de las gentes<sup>116</sup>, y no obstante, pese a todo lo dicho, no puede ignorar el hecho de que la buena fama importa, importa mucho y más cuanto mayor es el estado.

Algo similar sucede con la riqueza. Nunca debe ansiarse la posesión de la misma, pues siempre es preferible el saber al tener<sup>117</sup> y la codicia es uno de los defectos mayores a los ojos del autor<sup>118</sup>. Pero, una vez sentados estos principios, don Juan Manuel, que no cree en el amor gratuito y asegura no haberlo visto jamás, sabe que los bienes materiales son imprescindibles para practicar las generosidades necesarias, comprar lealtades y tejer relaciones con hilos de deuda y gratitud, *ca [por] las rendas se acrescentan los averes, et por el aver se mantienen los sennores et las fortalezas et los amigos et los vasallos. Ca ninguna destas cosas non se pueden mantener luenga mente sin ellas.* (Estados, 174) Cuando el caballero novel regresó a su tierra fue muy bien recibido por parientes y extraños: *ca la bien andança et el poder et la riqueza faze seer a omne mas amado et mas preçiado de las gentes de quanto non seria si tan bien andante non fuesse.* (Cauallero, 55)

---

<sup>115</sup> Cauallero, p. 72-73.

<sup>116</sup> El hombre no ha de dejar de hacer lo provechoso por temor al dicho de las gentes, Cauallero, p. 100. El *Exemplo IIº* de la colección aborda este asunto invitando a no dejar de hacer por recelo de lo que digan otros, Lucanor, p. 27. Pero el asunto no es tan claro, así, por ejemplo, en el final del *Exemplo XIIIº*, Lucanor, p. 66, Patronio aconseja cómo hacer al conde *por que ayades la gracia de Dios et buena fama de las gentes.*

<sup>117</sup> Cauallero, p.41; Efenido, pp. 145-147.

<sup>118</sup> Efenido, p.164; Estados, p. 195, 278, 281, 286, 288, 292; Lucanor, *Exemplo XXXVIIIº*, pp. 157-159.

El señor, muy bueno, muy honrado y muy poderoso, precisa riquezas para recompensar a amigos y vasallos<sup>119</sup>, de forma *que aya mucho que les dar*<sup>120</sup>. Sin embargo los amigos probados y leales, siempre escasos<sup>121</sup>, permanecerán pese a atravesar períodos de infortunio, pues *quien non ha amigos sinon por lo que les da, poco le durarán*. (*Lucanor*, 233 [29])

Conviene que desde edad temprana se enseñe a los muchachos a diferenciar los distintos tipos de bienes muebles, pues no todos tienen la misma procedencia y, por lo tanto, no deben utilizarse para idénticos fines. Es cierto que a los grandes señores les compete reunir tesoros suficientes -monedas, paños, oro y plata- para que con ellos hagan lo que deben, pero han de aprender que no cabe atesorar lo indigno, lo que es precio de sangre o de malos hechos -caso, por ejemplo, de las *calonñas*-. Los bienes que integran el tesoro deben estar legítimamente adquiridos y sin sombra de pecado, mientras que las riquezas sospechosas no deben atesorarse, sino “blanquearse espiritualmente” mediante su inversión en obras que beneficien de modo notable: construcción o arreglo de iglesias, monasterios, puentes o muros de fortalezas, villas y lugares. No conviene actuar como aquel lombardo de Bolonia que en su codicioso afán de atesorar *non catava si era de buena parte o non*<sup>122</sup>.

Se podría hablar largamente de las múltiples virtudes que debía poseer el noble para don Juan Manuel, y en este punto no ocuparían pequeño espacio la lealtad, la largueza, la mesura, la justicia, la cordura, la discreción o la humildad, entre otras, sin embargo antes de terminar este esbozo sencillo del defensor ideal repararemos en el valor y el tesón, ya que el perfecto caballero inexcusablemente debía aunar en su persona entendimiento y esfuerzo (*sapientia* y *fortitudo*, un tópico secular), hasta el punto de que en uno de sus proverbios afirma: *Cuydan que el seso et el esfuerço que son desemejantes, et ellos son una cosa*. (*Lucanor*, 233 [35]) No se trata de no tener miedo, no, el hombre esforzado tiene valor y conoce el miedo -*sabelo muy bien*-, pero a diferencia del medroso, el esforzado puede soportarlo, mantenerse, ocultar sus temores a los que le rodean y con su autocontrol *faze esforçar a los*

<sup>119</sup> *Cauallero*, p. 86; *Enfenido*, p.162-163, p. 172; *Estados*, p. 202-206, 236-237.

<sup>120</sup> *Enfenido*, p. 173.

<sup>121</sup> *Lucanor*; *Exemplo XLVIII*º, pp. 195-200.

<sup>122</sup> Sobre los tesoros vid. *Enfenido*, cap. XVIII, p. 175 y *Lucanor*; *Exemplo XIII*º, pp. 64-66.

*suyos et espanta a los otros*<sup>123</sup>. Por otra parte el esfuerzo tiene una vertiente de constancia y perseverancia<sup>124</sup>, es decir, que faculta para emprender, sostener y culminar, de forma que quienes gozan de esta cualidad llegan hasta el final de sus empresas. En este punto comparten la grandeza del león, el rey de los animales, al que por mucho que estorben nunca abandona lo que tiene entre manos<sup>125</sup>.

Don Juan salpica su obra didáctica de las virtudes que han de poseer los laicos poderosos, pero no se le escapa que muchas de ellas son dones, regalos de Dios que difícilmente pueden adquirirse por educación si por naturaleza se carece de las mismas. Cuanto más alto es el lugar que el individuo ocupa en la escala social, mayores son los desaguados que puede acarrear la falta de determinadas cualidades<sup>126</sup>, y es que en este punto el proceso formativo topa con un límite infranqueable: *comme quier que el entendimiento et el esfuerço non lo puede aprender omne de ninguno, nin aver tan conplido como deve, si Dios non gelo da por su merced*<sup>127</sup>. Esta faceta de la naturalidad del entendimiento se manifiesta claramente cuando el caballero novel se dirige al anciano, en el que reconoce sabiduría y autoridad, pese a sus posibles lagunas culturales: *Ca quanto menos leystes et sabedes mas que los otros que mucho an estudiado, por vuestro entendimiento, tanto es çierto que vos fizo Dios mayor gracia en vos dar el entendimiento por que sopiesedes lo que sabedes.* (Cauallero, 58) La labor de los formadores debe centrarse en lo posible, en enseñar a amar y temer a Dios, en que los pupilos sean sociables y busquen siempre estar en buenas compañías y en que tengan buenas costumbres en todos los campos. *Ca todas las otras cosas, si Dios non las da a omne, non las puede aver.*

<sup>123</sup> *Cauallero*, p. 67-68; *Lucanor, Exemplo XVº*, pp. 69-70: don Lorenço Xuárez fue el más esforzado de los tres caballeros al ser capaz de *sufrir más el miedo*. Vid. J. DELUMEAU, *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus, 1989, que realiza un análisis histórico de este sentimiento.

<sup>124</sup> En la obra didáctica *juanmanuelina*, otros defectos criticados repetidamente son la inconstancia y la volubilidad. Es posible que la situación personal del autor se transparente en frases como la del *Libro de los Estados*, p. 205: *Ca muy grant vergüença es fazer el señor bien a su omne et desfazerlo después*.

<sup>125</sup> *Armas*, p. 126.

<sup>126</sup> Ahora bien, en el pensamiento de don Juan Manuel no cabe el error divino, si el pueblo yerra contra Dios y no le sirve debidamente, Dios le da tiranos porque no merece reyes buenos, *Enfenido*, p. 159.

<sup>127</sup> *Estados*, p. 198. En p. 255 retoma este pensamiento al hablar de los hijos de los infantes, a los que si Dios no da entendimiento y muy gran esfuerzo, no conseguirán hacer lo que cumple, tanto para el cuerpo como para el alma.

*Ca bien entendedes vos que de ningun maestro non puede omne aprender de seer esforçado, nin las otras maneras que omne ha de aver. (Cauallero, 74-75)*

### **Amar y temer a Dios. La práctica religiosa<sup>128</sup>**

En la relación especular que don Juan Manuel establece entre el mundo y el Más Allá, Dios Padre se dibuja con frecuencia como trasunto de un poderoso señor feudal -corregido y aumentado- al que se debe amar y, sobre todo, temer<sup>129</sup>. Omnisciente y omnipotente, en cualquier momento puede deshacer todo lo creado<sup>130</sup>; su piedad es grande, pero nadie debe creer que dejará sin pena los malos hechos, puesto que si tal hiciera atentaría contra la Justicia<sup>131</sup>. Como el señor prudente pone a prueba y sorprende a los mortales<sup>132</sup>, y su ira desatada desencadena las mayores desgracias<sup>133</sup>. Hay muchos motivos para temer a este Dios admirable, motor primero del Universo, pero descomunal y lejano, al que interesa tener satisfecho, más cuando no se cree del todo en la gratuidad de su amor. *Do ut das*: si el emperador guarda lo que debe a Dios, Dios le guardará a él<sup>134</sup>.

Pese a que don Juan Manuel es uno de los primeros laicos que se aventura en el arriesgado terreno de la teología y la eclesiología<sup>135</sup>, sus consejos para los defensores se encaminan en la dirección de la adquisición de buenas costumbres, la obediencia plena a la Santa Madre Iglesia, el cumplimiento de una serie de normas y deberes, la práctica piadosa y meritoria continuada y el abandono voluntario de la especulación en materia religiosa, dada su escasa preparación para ahondar en cues-

<sup>128</sup> Para todo lo que compete a este apartado, vid. *Lucanor, Exemplo LIº*, pp. 215-223.

<sup>129</sup> Una aproximación a la cosmovisión juanmanuelina en I. MACPHERSON, “Dios y el mundo, the Didacticism of *El Conde Lucanor*”, *Romance Philology*, XXIV, I (1970), pp. 26-38.

<sup>130</sup> *Cauallero*, pp. 69-70.

<sup>131</sup> *Cauallero*, p. 84, 112

<sup>132</sup> *Lucanor, Exemplo IIIº*, p. 29.

<sup>133</sup> *Estados*, p. 155.

<sup>134</sup> *Estados*, p. 187.

<sup>135</sup> Aspecto al que, además, se entrega a fondo, manifestándose como seguidor del pensamiento tomista dominicano y opinando sobre los asuntos más conflictivos de la eclesiología de la primera mitad del XIV: los bienes eclesiásticos y la autoridad civil, el poder temporal del papa, la realeza de Jesucristo, los franciscanos y la pobreza de Jesucristo y el comienzo del nacionalismo, tal como muestra el estudio de R. ARNAU GARCÍA, “Don Juan Manuel y la Teología del siglo XIV”, *Anthologica Annua*, 30-31 (1983-1984), pp. 325-353.

tiones de esta índole. El Maligno, listo como él mismo, aprovecha las debilidades y fisuras que la falta de formación produce en los laicos, para colarse a través de ellas y sembrar la duda, de manera que no conviene escudriñar las cosas de Dios *mayor mientras los caualleros, que an tanto de fazer en mantener el estado, que non an tiempo nin letradura para lo poder saber conplida mente*. El caballero ermitaño, modelo de sabiduría y prudencia, dice al novel: *Et por ende yo, que bisque mucho en estado de cauallero et non aprendi otra sciencia, sienpre fiz quanto pudi por partir el coraçon de non cuydar estas cosas*. (*Cauallero*, 65)

Como padre y maestro de su hijo, don Juan Manuel le exhorta a creer la santa fe católica y todos sus artículos, tal como los sostiene la iglesia de Roma, a no franquear el paso a la incertidumbre, pues si algo no comprende mediante la razón, ha de fiarse de lo que dijeron los santos y doctores eclesiásticos, y le expone la conveniencia de frecuentar la iglesia y participar en los oficios desde edad temprana y con actitud respetuosa, *que desde vuestra moçedat començedes a oyr las oras et la missa lo mas deuota mente que pudieredes, et mientras estudières en.la eglesia, nin fabledes nin departedes en ninguna cosa sino en rogar a Dios*. (*Enfenido*, 151) Ha de cuidarse de la hipocresía y de la falsa religiosidad, a la que a veces llama *beguinería*<sup>136</sup>, y no debe prestar oídos a quienes sostienen que muchos hombres buenos no fueron buenos cristianos durante su juventud<sup>137</sup>.

En cuanto a las oraciones, don Juan Manuel singulariza el Padre Nuestro, el Ave María y los Salmos y se preocupa por la calidad y el talante mantenido durante el tiempo de rezo para concluir que valen menos muchas oraciones cuando no se está en lo que se celebra, que una plegaria recitada con plena conciencia<sup>138</sup>.

Los laicos poderosos, a los que dirige sus advertencias educativas, son hombres de acción y esta realidad nunca se olvida. Aunque se admite que el estado más alto en el que Dios puede situar a un hombre es el de clérigo misacantano, los defensores tienen la posibilidad de hacer mucho bien si obran como deben: *Ca el que non quiere cuydar si non sola mente en los fechos spirituales, non aprouecha*

<sup>136</sup> *Enfenido*, p. 152 y 153. Vid. *Lucanor; Exemplo XLIIº, De lo que constesció a una falsa beguina*, p. 167 y ss.

<sup>137</sup> *Enfenido*, p. 151.

<sup>138</sup> *Estados*, p. 182-183.

*si non a.el mismo; mas el que cuyda et obra en.las cosas spirituales et temporales como deue, aprouecha a si.mismo et a otros muchos*<sup>139</sup>. Los hombres deben comenzar el día en presencia de Dios<sup>140</sup> y han de terminarlo del mismo modo, haciendo balance de sus acciones e intenciones. En este examen de conciencia repasarán la jornada midiendo si la han vivido al servicio de Dios, manteniendo su estado y fuera de pecado, prestando especial atención a los siete pecados capitales, a los diez mandamientos, a las obras de misericordia y a los sacramentos. Si encuentran que han actuado bien, agradecerán al Creador la merced recibida y si han fallado en algo, se arrepentirán sin dilación y enmendarán pronto lo que pudieren<sup>141</sup>.

De los varones de los grupos privilegiados se espera que cuiden y protejan a los religiosos y religiosas<sup>142</sup>, que les respeten en todo momento, incluidas las épocas de guerra<sup>143</sup>, y que sostengan sus vidas y sus posesiones con dignidad<sup>144</sup>.

El defensor modélico lucha por extender la cristiandad entregando su vida por Dios y por esta causa si fuera preciso<sup>145</sup>, es piadoso, obediente en materia de religión, practica la limosna –que mata al pecado como el agua mata al fuego<sup>146</sup>–, las obras de misericordia y los ayunos y abstinencias mandados por la Iglesia, y aún le cabe añadir otros, siempre que su cuerpo se lo permita<sup>147</sup>. Así mismo participa devotamente en romerías y vigiliass<sup>148</sup>, y ante la duda se acoge a lo dispuesto por los que saben más que él. En esta línea, valga de ejemplo, don Juan aconseja que puesto

<sup>139</sup> *Cauallero*, p. 84. Sobre el abandono del estado de los defensores para abrazar la vida religiosa, además de las continuas reflexiones del *Libro de los Estados*, vid. *Lucanor, Exemplo IIIº*, p. 30.

<sup>140</sup> *Estados*, p. 177.

<sup>141</sup> *Cauallero*, p. 81; *Estados*, p. 179 y 359.

<sup>142</sup> Se especifica señaladamente a las dueñas en *Enfenido*, p. 152.

<sup>143</sup> *Estados*, p. 242.

<sup>144</sup> *Estados*, p. 237.

<sup>145</sup> La sed de martirio es un aspecto interesante y reiterado en la obra juanmanuelina, vid. *Cauallero*, p. 107; *Armas*, p. 126; *Estados*, p. 99, p. 117: la razón de ser de los moros es que los cristianos mueran mártires, p. 225, p. 286: en la que don Juan Manuel pide a Dios merced de morir por honra y acrescentamiento de la santa fe católica, así como Él sabe que lo desea.

<sup>146</sup> *Enfenido*, p. 153.

<sup>147</sup> *Enfenido*, p. 152.

<sup>148</sup> *Estados*, p. 183.

que nadie que habita el mundo de los vivos conoce con certeza el destino de las almas de los fallecidos, por si acaso se encontraran en el Purgatorio, conviene realizar todo lo señalado por los eclesiásticos para que dichas almas salgan cuanto antes de ese penoso “lugar intermedio” y alcancen la Gloria<sup>149</sup>.

Aun en el caso de que el hombre hubiera pecado gravemente jamás debe desesperar, pues la desesperación constituye quizás el error más deleznable en que puede incurrir un cristiano. Don Juan Manuel enfatiza reiteradamente el poder liberador de la contrición<sup>150</sup> y de la penitencia, y el alivio psicológico que al pecador le supone la verbalización de su falta mediante la confesión, ya que *la vergüença de manifestar por la voca el mal que fizo cura mucha de la pena que meresçia*. (*Estados*, 144)

Un factor clave para vivir honradamente es contar con un guía espiritual adecuado, un confesor lo más entendido y letrado que se pueda lograr. Lógico, pues si el que enferma intenta conseguir el médico más competente para recuperar la salud de su cuerpo y otro tanto hace el que busca el mejor veterinario para sus animales, cuánto más habrá que esforzarse en disponer de un confesor cualificado que ayude a conseguir la salvación del alma<sup>151</sup>. De sobra es conocida la opción de don Juan Manuel por los dominicos; no obstante, el noble manda a su hijo que no escoja confesor famoso, sino que acuda al prior provincial de los predicadores para que sean ellos los que le asignen el fraile que entendieren que le conviene. Al confesor debe procurarle un trato respetuoso, hacerle mucho bien y honra, y no mezclarle en las cosas del mundo<sup>152</sup>.

### **El cuidado del cuerpo y la preparación militar**

Don Juan Manuel, acérrimo defensor de la tradición probada, si en materia espiritual trata de encauzar a su hijo hacia los dominicos, al ocuparse de la salud corporal le remite a los físicos de la familia de don Çag, médico del infante don Manuel y del propio don Juan Manuel, y hermano mayor don Habraan, que fuera

---

<sup>149</sup> *Estados*, p. 351.

<sup>150</sup> *Enfenido*, p. 153.

<sup>151</sup> *Cauallero*, p. 83.

<sup>152</sup> *Enfenido*, p. 151-152.

médico de Sancho IV<sup>153</sup>. Extraño oficio este de los físicos –medita- que por una parte es el mayor de todos y por otra no lo es tanto, pues es el que requiere máximo entendimiento y lealtad, además de honestidad, discreción y dominio de la materia, pero, al mismo tiempo, la autoridad del médico se circunscribe a su ejercicio profesional *et en tanto non a tan grant poder como los otros oficiales*. (*Estados*, 287-288)

Para don Juan Manuel el cuerpo es un bien precioso y es signo de sabiduría conservarlo y cuidarlo lo mejor posible, puesto que sólo merece la pena morir por Dios y la Cristiandad<sup>154</sup>, por el mantenimiento, defensa y acrecentamiento de la honra<sup>155</sup>, por el rey si es bueno y digno de sacrificio<sup>156</sup>, y poco más. Mientras que los necios se juegan el cuerpo por codicia o naderías, los hombres valiosos saben preservarlo de peligros innecesarios y son capaces de distinguir cuándo es preciso arriesgarlo; ahora bien, al llegar este último supuesto, no titubean<sup>157</sup>.

Si los pesares y las preocupaciones pueden dificultar el desarrollo normal de niños y muchachos, en cualquier otra etapa de la vida pueden acarrear enfermedades, *ca çierto es que non a trabajo en el mundo que tanto enpesca al cuerpo del omne como el cuidado*<sup>158</sup>.

Cuando el cuerpo enferma, dice don Juan Manuel a su hijo, es el momento de confiar en los médicos y de cumplir todo lo que ordenen para sanar, porque es muy importante curar bien las enfermedades e invertir lo preciso en la recuperación; así mismo le advierte que tampoco crea que por comer mucho se va a curar antes<sup>159</sup>.

La salud, como todo en este mundo, está en las manos de Dios y esto es lo primero que debe tenerse en cuenta<sup>160</sup>, pero es cierto que el hombre con su actitud,

<sup>153</sup> *Armas*, p. 136; *Enfenido*, p. 155.

<sup>154</sup> Vid. nota 135.

<sup>155</sup> Los grandes hombres que en mucho se tienen y mucho valen son para ser muertos, pero no deshonrados, *Estados*, p. 207-208.

<sup>156</sup> *Cauallero*, p. 45.

<sup>157</sup> *Lucanor; Exemplo XXXVIIIº. De lo que contesció a un omne que yva cargado de piedras preciosas et se afogó en el río*, pp. 157-159.

<sup>158</sup> *Estados*, p. 178. Vid. también p. 84.

<sup>159</sup> *Enfenido*, p. 155-156.

<sup>160</sup> *Enfenido*, p. 154.

comportamiento y costumbres puede contribuir a mantenerla o a malgastarla. En materia de alimentación, y en general en lo tocante al cuerpo, la idea clave de la obra juanmanuelina es la medida. Una moderación de la que parecen carecer bastantes de sus coetáneos que han convertido su forma de ingerir en un sin sentido, ya que con frecuencia no se nutren con la intención de reponer las fuerzas del desgaste diario buscando vivir para servir a Dios, sino que comen tanta cantidad y tales manjares que les conducen a grandes dolencias y a acortar mucho la vida, y aun desean tomar cosas que les son dañinas para almas y cuerpos<sup>161</sup>. Sin embargo no terminan ahí los contrasentidos, pues si los ayunos se gestaron con el fin de consagrar a Dios parte del tiempo y también *para apremiar el cuerpo, que non cobdiçiasse tanto las locuras et delectes de la carne*, el autor observa cómo en los días de ayuno se degustan más manjares y más deleitosos, viandas y letuarios *que naturalmente mueven las voluntades de las gentes et ayudan a desear et querer todo [el] contrario de aquello para lo que los ayunos fueron ordenados*. (Estados, 161)

Al ocuparse de la dieta idónea para su hijo, el autor le recomienda que nunca coma hasta sentir verdadero hambre y que el estómago está vacío, entonces lo habitual será recurrir a la alimentación propia de su clase social: pan, vino y carne, añadiendo que preparada *con los menos adobos que pudiereis*. (Enfenido, 154) Al tocar este mismo tema respecto a los hijos del emperador especifica que la mayoría de las veces comerán gallinas, capones o perdices<sup>162</sup>. Pero uno y otros, pertenecientes al estado de los defensores, se acostumbrarán a ingerir de todo y a distintas horas del día, así conocerán carne y pescado, leche y fruta, hortalizas y salsas, especias, confites, licores, miel, aceite, vino, sidra de manzanas y vinagre, pues todos los alimentos y sabores han de resultarles familiares, de manera que si hubiera necesidad de tomar algo inusual el cuerpo no lo extrañe<sup>163</sup>.

La condición omnívora del ser humano se evidencia al abordar lo que no comen ni beben los musulmanes y los pertenecientes a otras religiones, lo que para don Juan es una verdadera incoherencia, ya que si Dios creó todas las cosas para que el hombre se sirviera de ellas, carece de razón rechazar algunas de las comes-

---

<sup>161</sup> Estados, p. 162.

<sup>162</sup> Estados, p. 201.

<sup>163</sup> Ibid.; Enfenido, p. 154.

tibles<sup>164</sup>. A través de diferentes voces nos llegan los consejos alimentarios del autor y posiblemente algunas de sus preferencias; así de entre los pescados considera que los más sanos son los que más tiempo viven en el mar en lugares en donde no hay cieno, y son pequeños, escamosos y con mucha sangre<sup>165</sup>. De las frutas, la más valorada es el higo<sup>166</sup>, mientras que naranjas y limones, dice, se consumen mejor en zumo<sup>167</sup>.

*Et ruego vos et consejo vos et mando vos que si queredes el mi amor, que vos guardedes mucho del vino. (Enfenido, 155)* Quizás en ningún otro pasaje del Libro enfenido la voz paterna se dirija a don Fernando con tanta rotundidad, y es que don Juan Manuel teme profundamente los efectos que el vino y la adicción al mismo producen en las personas. El autor aspira a que su hijo y los potenciales lectores de su obra alcancen en este punto la mayor cordura y sean capaces de aprender de experiencias ajenas<sup>168</sup>.

El vino es muy necesario para la alimentación, siempre que se haga uso moderado del mismo, durante las comidas y nunca con el estómago vacío<sup>169</sup>. Cuando la sed aprieta a lo largo del día, el agua debe servir para calmarla y solamente en los días de ayuno cabe utilizar el vino como alimento único<sup>170</sup>.

Se reprocha a los hombres el que no se sirven del vino para su finalidad y abusan de su consumo, lo que acarrea alteraciones en el cuerpo y en el comportamiento:

*Otrosí, el beber ordenólo Dios naturalmente para enraleçer la vianda, por que la pueda mejor moler el estómago, et pueda pasar por las venas para gobernar et mantener el cuerpo, para umicar et enfriar et escalentar el cuerpo, segund le fuere mester. Mas los omnes non beven sinon por el plazer et por el sabor que toman en*

---

<sup>164</sup> *Estados*, p. 143. Comestibles, según sus criterios, pues la noción de lo que se puede y debe comer es siempre cultural y aprendida.

<sup>165</sup> *Cauallero*, p. 98.

<sup>166</sup> *Enfenido*, p. 155.

<sup>167</sup> *Cauallero*, p. 101.

<sup>168</sup> Sobre la cordura, *Cauallero*, p. 97.

<sup>169</sup> *Enfenido*, pp. 154-155.

<sup>170</sup> *Estados*, p. 178.

*el veber, et fázenlo en guisa que muchos toman grandes yerros en los entendimientos, et grandes daños en los cuerpos, et grandes movimientos, para fazer muchas cosas que non son en servicio de Dios. (Estados, 162)*

El vino causa problemas en tiempos de guerra, de manera que emperadores y grandes señores deben tener cuidado para que sus ejércitos no paren en aldeas o lugares que no sean fuertes y además tengan mucho vino, *porque las gentes que vienen cansadas, si mucho vino fallan, non se saber guardar commo les es mester, et toman muchas vegadas por ello grandes yerros. (Estados, 211)*

Tampoco conviene que beba quien tiene que estudiar, caso del hijo del emperador: *Et si algún día tardare mucho el comer et oviere grant fambre, es bien que coma un pedaço de pan; pero que non vea vino entonçe, nin en ninguna manera, fasta que yante et aya comido grant partida de la vianda. Et en faziéndolo así, non dexará por el leer lo que a de saber de cavallería, nin por lo ál el leer. (Estados, 201).*

Es responsabilidad de quienes forman a los niños y muchachos que éstos adquieran buenas costumbres en lo tocante a comer y beber, *ca esto en poder es de lo fazer de aquellos que los crían. Et sobre todas las cosas del mundo los deven guardar del vino. (Estados, 198)*

La moderación, hija del buen seso, que es la regla de oro al comer y beber, debe presidir también la vida sexual de los sujetos. Dios ordenó que se engendraran naturalmente hijos para que el mundo durara y Él fuera servido y alabado por ellos. *Mas muchos omnes non lo fazen por esta entençión, sinon por el plazer et por el deleite que toman en ello, et fazen todo el contrario de aquello para que nuestro señor Dios ordenó el engendramiento. (Estados, 163)*

Don Juan Manuel, que es autor muy pudoroso, no se extiende en explicaciones sobre la relación carnal, pero aquí y allá, salpica su obra con advertencias acerca de la misma. A su hijo le avisa, como ya vimos, de que en cuanto alcance determinada edad se guarde cuanto pueda del pecado de la carne<sup>171</sup>. Y en el *Libro de los Estados*, al ocuparse del emperador y de su casa, le advierte –y con él a todos los

---

<sup>171</sup> *Enfenido*, p. 151.

grandes señores- de que no ponga mucho su voluntad en otra mujer que no sea la emperatriz para evitar el pecado, y recomienda que las camareras de ésta no sean ni muy codiciosas, ni muy jóvenes ni muy hermosas, para, acto seguido, señalar que los oficiales que más trato han de tener con las mujeres sean cuerdos y leales, *que se non presçien mucho de su loçanía nin de su apostura, nin sea[n] muy ma[n]cebos.* (*Estados*, 194-195) Más vale prevenir.

Abusar del sexo puede acabar con el alma y la fama y dejar malparados el cuerpo y el entendimiento, según reza uno de sus proverbios: *Usar más de razón el deleyte de la carne mata al alma et destruye la fama et enflaquece el cuerpo et mengua el seso et las buenas maneras.* (*Lucanor*, 233 [27])

Al comer y beber, al dormir y bañarse, los hombres toman placer y no está mal que así sea, siempre que estas actividades se desarrollen de modo correcto y acorde con el estado. El placer puede saborearse cuando está sujeto a la razón y sin pecado<sup>172</sup>.

Si don Juan sostenía que los defensores debían comer de todo y con horarios diversos para acostumar su cuerpo, la misma idea rige en lo relativo al sueño. Así, durante el largo período de aprendizaje, las camas tienen que ser variadas y a veces duras, con el fin de que los muchachos aprendan a descansar en cualquier tipo de superficie. Por otra parte, mientras estén acostados, alguien debe hacer ruido, para que se acostumbren a dormir a pesar de los sonidos<sup>173</sup>. Partidario de la siesta, esa pausa a mitad de la jornada que facilita vivir con plenitud lo que queda del día<sup>174</sup>, don Juan Manuel, con su experiencia de insomne, advierte que no es aconsejable robar tiempo al descanso<sup>175</sup>, lo que, por otra parte, hacía el admirable caballero novel: *Et en las cosas que oue a fazer de algunas çiençias o de algunos libros o de algunas estorias, esto finca de lo del tienpo que avia a dormir.* (*Cauallero*, 115)

<sup>172</sup> *Estados*, pp. 243-244.

<sup>173</sup> *Estados*, p. 201. No señala que se acostumbren a dormir con luz, posiblemente porque esa cuestión no preocupaba en el siglo XIV, cuando el sol marcaba el horario cotidiano y buen número de problemas, incluso en las ciudades, derivaban de la profunda oscuridad nocturna.

<sup>174</sup> *Estados*, p. 177.

<sup>175</sup> *Enfenido*, p. 154.

La adquisición de buenas costumbres y de buenas maneras es parte fundamental de la formación de los nobles: *Las buenas maneras* –dice don Juan Manuel– *son cosas muy buenas et muy aprovechosas, que se ganan aprendiéndolas, et non las puede omne aver si otri non gelas muestra. (Estados, 78)*

En el plano corporal, tal como sucede en el psicológico y en el intelectual, no todos los seres humanos tienen las mismas capacidades, pero el estar muy bien dotado no conlleva necesariamente el dominio de una acción: se requiere entrenamiento. Lo característico de las maneras es *que non las puede aver omne si de otrie non las aprende*. En un sentido estricto, don Juan considera maneras a las siguientes actividades: *cavalgar et bofordar*<sup>176</sup>, *et fazer de cavallo et con las armas todas las cosas que pertenesçen a la cavallería. Et otrosí son maneras nadar et esgremir et jugar los juegos apuestos et buenos, sin tafurería, que pertenesçen a los cavalleros, et caçar et correr monte en la manera que les pertenesçe, et andar lo más apostadamente que pudieren en sus guisamientos et en sus vestiduras*. Otras personas consideran *maneras el cantar et el luchar et el lançar a tablado*, pero él no acaba de participar de esta clasificación, ya que en las actividades que requieren fuerza y valentía, el noble no puede adquirir la destreza confiando sólo en la formación o sólo en la naturaleza, puesto que es preciso combinar ambas. Ofrece algunos ejemplos, entre ellos el ejercicio de lanzar al tablado, pues por grande que sea la fuerza de un hombre, si no aprende, no lanzará bien<sup>177</sup>. Cacho Blecua, al analizar la educación de Garfín y Roboán en *El libro del Cavallero Zifar*, señala “que sus buenas costumbres sólo pueden entenderse como una educación de clase adecuada para las funciones que posteriormente desempeñarán”<sup>178</sup>.

Según don Juan Manuel, los caballeros dicen el siguiente proverbio: *El que quiere beuir en paz, que se apareje para la guerra. (Cavallero, 106)* Así la preparación bélica es el objetivo que se persigue tanto en el entrenamiento propiamente dicho como en gran parte de las actividades paramilitares que ocupan el ocio, de manera que cabalgar es un verbo indisolublemente unido a la formación de los

<sup>176</sup> Volverá a citar este juego en *Estados*, p. 199. Sobre el mismo, vid. M. M. AGUDO ROMEO, “Notas en torno a un juego medieval: los bohordos”, *Aragón en la Edad Media*, X-XI (1993), pp. 17-29.

<sup>177</sup> *Estados*, p. 78.

<sup>178</sup> CACHO BLECUA, art. cit., especialmente pp. 123-124.

varones de la nobleza desde la primera infancia. Conviene que el niño empiece a montar en cuanto comience a andar. Cuando sea capaz de mantenerse en la cabalgadura, deben permitirle que trabaje con ella, cuidando de que no se dañe, y elevando paulatinamente el grado de dificultad de los ejercicios *fasta que se atreva a poner espuelas a cualquier cavallo*<sup>179</sup>.

Cabargar y cazar en compañía de los vasallos son actividades que Moraván recomienda a su hijo para ser feliz<sup>180</sup> y al conde Lucanor, cuando se siente mayor y cansado, sólo le apetece holgar y cazar<sup>181</sup>. El viejo caballero le explica al novel lo mucho que aprendió yendo de caza, que era su entretenimiento más habitual durante el ocio –*los tiempos que se pasan baldios*–, puesto que no existe nada tan apropiado para el caballero como ser montero o cazador<sup>182</sup>. Es cierto que a veces la caza, ya sea con aves o con canes, reporta sinsabores si las cosas no salen como el cazador desea y no se cobran piezas, o no acompaña el tiempo, o se pierden las rapaces o los perros; sin embargo una buena jornada cinegética constituye uno de los mayores placeres, de forma que cuando el hombre no tiene algo más importante que hacer, no existe nada mejor que salir de caza.

Don Juan, experto en esta actividad hasta el punto de escribir un libro interesante sobre la misma, se explaya explicando las ventajas que acarrea su práctica, pues, según él, hace al hombre esforzado, más saludable y más generoso, además de acrecentar otras virtudes –incluido el sentido del humor–. Por otra parte le ayuda a conocer el terreno, a descifrar la Naturaleza y aún le hace destacar entre los de su clase, pues un gran señor debe dominar todas las técnicas, de manera que dondequiera que vaya, pueda cazar con soltura al modo que lo hacen los naturales de esa tierra<sup>183</sup>.

<sup>179</sup> *Estados*, p. 112. Vid. el artículo de F. GARCÍA FITZ, “La didáctica militar en la literatura castellana (segunda mitad del siglo XIII y primera del XIV)”, *Anuario de Estudios Medievales*, 19 (1989), pp. 271-283.

<sup>180</sup> *Estados*, p. 91. Don Juan habla de un emperador modélico que cabalgaba a diario y, mientras lo hacía, iba escuchando las demandas y peticiones que luego libraba, *Ibid.*, p. 179.

<sup>181</sup> *Lucanor; Exemplo XVI*, p. 71.

<sup>182</sup> *Cauallero*, p. 69 y 90.

<sup>183</sup> *Estados*, p. 245.

El binomio caza y guerra se hace patente al abordar la educación de los hijos del emperador y enunciar el equipamiento adecuado para estos muchachos, que en cacerías y monterías han de vestir gabán gordo y mucha ropa, no sólo por resguardarse del frío, sino también para acostumbrar el cuerpo a sufrir el peso de las armas; así en la mano derecha deben llevar *lança o ascoña o otra vara* y en la izquierda, un *açor o un falcón*. *Et esto deve fazer por acostunbrar los braços: el derecho para saber ferir con él, et el izquierdo, para usar el escudo con que se defienda. Et todavía deve traer el espada consigo.* (*Estados*, 199)

Aprender a desinstalarse, a soportar las incomodidades y el dolor, compete a los muchachos de la nobleza que han de estar preparados para una vida de fama y bienandanza, pero también de asperezas, puesto que hasta los insectos como piojos, hormigas, pulgas y cínifes se entregan a fondo a la tarea de torturar al caballero armado<sup>184</sup>, una vida llena de peligros, ya que en ningún otro estado como en el de la caballería, los hombres tienen que estar dispuestos para pasar pronto al otro mundo<sup>185</sup>.

### **Anotaciones sobre urbanidad y preparación intelectual.**

Conviene educar a los jóvenes de manera que aprendan lo antes posible unas pautas de urbanidad que han de servirles para toda la vida y que harán de ellos personas bien acostumbradas y de buenos modales. Así, recordemos, debían permanecer en silencio y en actitud reverente en la iglesia, y a juzgar por lo que parecen molestarle los vocingleros<sup>186</sup>, se entiende que don Juan Manuel aspira a que los pequeños nobles hablen con el volumen de voz adecuado y que, llegado el momento, no permitan a los suyos que se digan palabras injuriosas *nin aun hablar a tan grandes voçes nin fazer tan grant roído que paresca que están más con burladores que ante su señor.* (*Estados*, 243)

La buena educación se refleja en múltiples signos externos, desde saber vestirse adecuadamente para cada ocasión o sentarse dos veces al día a la mesa –aun-

---

<sup>184</sup> A todos ellos los llama “bestias muy enojosas”, *Cauallero*, p. 89.

<sup>185</sup> *Cauallero*, p.106.

<sup>186</sup> *Estados*, p. 96 y 242-243.

que no se sienta hambre<sup>187</sup>, hasta realizar los gestos pertinentes; de este modo el cortés y módelico Joas, por ejemplo, saluda reverentemente a su padre inclinándose y besándole la mano<sup>188</sup>.

A este campo de la urbanidad atañen también las formas que se han de guardar con los superiores, los iguales y los inferiores, de manera que don Juan Manuel explica a su hijo brevemente el protocolo para colocar a los nobles en su mesa, los criterios para adjudicarles las camas e incluso el talante (franco y granado) con el que debe ofrecerles regalos y ayudas. Le aconseja que visite a sus parientes y amigos, que muy a menudo coma con ellos y que siempre se separen en buena armonía; sin embargo debe evitar todo lo posible la convivencia continuada, *ca de la grant morada en vno o nasçe menos precio o desabeneçia*<sup>189</sup>. (*Enfenido*, 163-164)

Don Juan Manuel, como muchos otros autores medievales, antepone en su obra el saber natural al libresco y concede mayor valor a lo aprendido por experiencia que mediante el estudio. No obstante, los diversos análisis que se han realizado sobre su formación, van desvelando paulatinamente a un noble mucho más cultivado de lo que él parece dispuesto a reconocer.

Para terminar este acercamiento a la formación de los nobles en la obra juanmanuelina, recogeremos unas breves pinceladas sobre dos de los puntos que interesan al autor: el conocimiento de la Historia y el aprendizaje de la lengua latina.

Si el caballero novel había restado horas al sueño para aprender de los libros diversas ciencias e historias, él, insomne continuador de una tradición familiar, sabía cómo aprovechar las noches en blanco y podía aconsejar al emperador el modo más conveniente para rentabilizar sus vigiliass: *Et desque esto oviere fecho, si non pudiere dormir, deve mandar que leyan ante él algunas buenas estorias, de que tome buenos exemplos*. (*Estados*, 180)

Que le lean buenas historias... No es la única vez que aparece esta idea, porque el emperador, después de haber comido y bebido con mesura, *deve oír, si quisiere, juglares quel canten et tangen estormentes ante él, diziendo buenos cantares et*

<sup>187</sup> *Estados*, p. 178.

<sup>188</sup> *Estados*, p. 88.

<sup>189</sup> *Enfenido*, pp. 163-164.

*buenas razones de cavallería o de buenos fechos, que mueban los talantes de los que los oyeren para fazer bien. (Estados, 177)*

Delgado ha puesto de manifiesto que “con el canto de las antiguas gestas no se pretendía un amor especial hacia el pasado histórico sino que se fomentaba principalmente incitar a los jóvenes a emular las hazañas de los antepasados”. Dicho autor considera que la Historia era la materia propia del plan de estudio de los hijos de la nobleza y de los príncipes, lo que en España contaba con una tradición secular que se remontaba a los tiempos de San Isidoro<sup>190</sup>. La Historia como maestra de vida, como lección permanente para aprender a ser y a actuar del modo adecuado, para mostrar modelos y alimentar ideales.

Los educadores de los hijos del emperador, y por extensión de todos los niños y jóvenes de la nobleza, *deven fazer quanto pudieren por que tomen plazer en leer las corónicas de los grandes fechos et de las grandes conquistas, et de los fechos de armas et de cavallerías que acaesçieron, et en cómo los grandes señores llegaron a grandes estados por su vondat et por su esfuerço, et cuánto mal passaron en su vida, et quán mal acabaron et quán mala fama dexaron de sí los enperadores et reys et grandes señores que fizieron malas obras et fueron medrosos et flacos de coraçon. (Estados, 198)*

El capítulo LXVII del *Libro de los estados* transmite información sobre el horario diario y semanal del programa educativo de los hijos del emperador. Allí explica el autor cómo los niños deben aprender a leer, poco a poco, desde los cinco años. *Et este leer deve ser tanto, a lo menos, fasta que sepan fablar et entender latín. (Estados, 198)*. Más adelante desarrollará el plan de formación en el que el entrenamiento físico se combina con el intelectual: *Et desque tornare de caça et oviere comido et folgado, commo es dicho, en la tarde deve oír su lección et fazer conjugación, et declinar et derivar, o fazer proverbio o letras*<sup>191</sup>. Finalmente, después de pasar la semana *leyendo un día et caçando otro, el sábado ha de repetir et*

---

<sup>190</sup> DELGADO, *art. cit.*, pp. 341-342 aborda también el valor estimulante y capaz de movilizar corazones y voluntades concedido tanto a la Historia como a la poesía épica en las *Partidas*.

<sup>191</sup> Se trata de ejercicios gramaticales sencillos que don Juan Manuel también parece que aprendió en su momento. Vid. *Estados*, p. 68. Estos aspectos son abordados por F. RICO, *Primera cuarentena y tratado general de la literatura*, Barcelona, 1982, pp. 29-32.

*confirmar todas las lecciones. (Estados, 200)* Sin embargo no parece que los defensores en general llegaran a dominar el latín, y aun puede que a algunos de ellos les sucediera lo que al propio don Juan Manuel cuyos conocimientos de los ejercicios gramaticales fueron cayendo en el olvido. El paso del tiempo y la poca práctica de la lengua latina harían desaparecer lo que quizás se supo –mejor o peor- en alguna etapa anterior de la vida.

Si Dios concede al muchacho dones suficientes y los educadores se esfuerzan en prepararle, aconsejarle, enseñarle y adiestrarle bien a lo largo de la infancia, mocedad y mancebía, el defensor será capaz de mantener su estado, cumplir sus obligaciones, dar lustre a su linaje y acrecentar su honra. Consciente de su propia valía, hombre recto y de buena intención, el joven, favorecido por el Creador al nacer en un lugar social privilegiado, es muy probable que cuente con la predilección de Dios también en la vida eterna. La obra juanmanuelina se centra en él, en el heredero de los laicos poderosos, que no debe aspirar a ser ni más ni menos que lo que Dios y los suyos esperan de él:

*Et non cuidedes que vos digo yo esto porque aya talante de dexar el mundo nin mudar estado en que Dios me puso, mas querría catar manera commo en este estado pudiese fazer en guisa por que mi alma fuesse guardada. (Estados, 91)*

Aferrado a su pluma y a su conciencia de clase y de autoría, don Juan Manuel alzó múltiples voces desde sus libros para defender su persona, sus ideas y su visión del mundo, un mundo divinamente ordenado que se resquebrajaba ante sus ojos.

